

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



DICE RAÚL LEONI A MIGUEL OTERO SILVA: La verdad es que yo nunca he tenido dotes oratorias como Jovito Villalba, como Rómulo Betancourt, como Andrés Eloy Blanco, como Carlos Irazábal, como Isidro Vallés, como tú mismo, que eran quienes hablaban en los mítines de masas en 1936. Yo en cambio era un organizador, un motor de iniciativas, un productor de análisis políticos.

Papel Literario **82** AÑOS

FUNDADO EN 1943

DOMINGO 26 DE OCTUBRE DE 2025

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

María Fernanda Palacios es poeta, ensayista, crítico literario, biógrafa, traductora, compiladora, profesora fundamental y exdirectora de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela

ISABEL PALACIOS

Empiezo aclarando eso de “mi hermana”, es decir, el lazo familiar que nos une, porque hay hermanos de hermanos: los que se quieren y los que no, los igualitos y los distintos, así como Caín y Abel, Castor y Pólux, Edipo, Etéocles y Polinices, Rómulo y Remo, George e Ira Gershwin, los hermanos Wright y los Grimm, y por supuesto los famosísimos Johnson & Johnson. Nosotras somos “las niñas” como decía mamá, “las Palacios” como nos reúnen algunas personas que nos quieren o “las hermanajas” como nos decimos mutuamente.

Mafer (y ahí voy con la primera familiaridad) es una súper hermana y, como la conozco muy bien, hoy leerá “súper” y, luego de negar con su cabeza, se dirá “Isa está loca, yo no soy ninguna súper” y, exactamente con esto ratificaré que saber eso es justamente parte del privilegio de ser la *hermanaja* de Mafer pues ella logra, aunque no esté conmigo, que su voz profunda (ojo, no en términos vocales ni de *tessitura* sino de contenido) esté siempre martillándose en la cabeza, obligándome a ser mejor, a noirme “por las ramas” a buscar, hurgar, creer, estudiar, lograr, pero lo mejor de todo es, que si nada de eso funciona, igual ella me va a querer y me va a apoyar.

Mis recuerdos son demasiados y solo sé que desde que tengo memoria, yo añoraba ver entrar a mi cuarto a esa niña de grandes ojos y bucles negros dispuesta a jugar conmigo porque jugar con Mafer era toda una aventura.

Por ejemplo, las muñecas tenían nombres de actrices de cine o de bailarines rusos que para mí eran absolutamente familiares gracias a ella y los argumentos de los juegos estaban conectados con *Los tres mosqueteros*, *Los reyes malditos*, *El Corsario Negro*, *Sandokán*, *Rebeca*, *Mujercitas* o cuanto libro ella estuviese leyendo en ese momento. Nada de reinas malucas, princesitas sufridas y príncipes pedantes (y yo de *safrisca*, porque ni sabía quiénes eran, seguía la corriente y luego averiguaba).

Nos encantaba disfrazarnos, y recuerdo, en la casa de Macuto, nuestro maravilloso juego de Dioses del Olimpo con nuestros primos de Las Casas: Herman era Zeus, La bella María era Venus, Mafer, por supuesto, era Palas Atenea y yo Hermes –porque era la única que podía bajar al reino de los mortales (que era la cocina) a buscar Coca-Cola.

Como hermanas teníamos –y aún tenemos– un vocabulario en código: “saludos al coronel”, “toma mi camisa”, “llegaba yo linda”, etcétera. Y, por supuesto, papá y mamá poseían sobrenombres secretos: “la sierra” y “el martillo” y, como en la parte de atrás de la casa había una fábrica, cuando regresábamos del colegio nos decíamos “cuidado que la sierra

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

Jugar con mi *hermanaja*



MARÍA FERNANDA E ISABEL PALACIOS (1954) / ARCHIVO FAMILIAR



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ARCHIVO FAMILIAR

no ha parado hoy” o “*el martillo* está peor que nunca”. Claro, nosotras nos fabricamos otros códigos gestuales como, por ejemplo, rascarse la nariz significaba “no sigas hablando de eso que vas a tener un problema”.

Un asunto de alta diplomacia en la casa era, entender el significado de la posición de la puerta del cuarto de Mafer: totalmente cerrada significa-

ba “no se te ocurra entrar ni tocar”, un poco entreabierta –donde podía verla, hablar sola, llorar o morder su almohada– quedaba a mi discreción, y totalmente abierta significaba: “entra ya que quiero hablar contigo”.

La unión entre María Fernanda y yo era tan fuerte que el único peligro, cuando jugábamos mímica, es que estuviésemos en equipos sepa-



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ARCHIVO FAMILIAR

rados pues, un solo gesto nos hacía inmediatamente identificar al personaje que tuviésemos que representar y por supuesto, nadie se daba cuenta, pero en el lenguaje de nosotras todo era absolutamente diáfano.

Pero llegó el día en que mi hermana creció y como yo decía “se mudó” a la UCV, me sentí “*sola*, *perduta* y *abandonata*”, pero a la vez, gracias a la Escuela de Letras me fueron apareciendo otros hermanos extraordinarios: Jaime, Eduardo, Gioconda, Rosa María, Hanni, Michele, Marina, Carlos, Rafael, Roberto... Y claro, yo crecí también y estaba metida de cabeza en la música. No recuerdo cuántas veces le pedí ayuda a mi hermana (mi “*Cyranó*” particular) para saber a dónde recurrir: entender si las ideas que estaban en mi cabeza servían o no servían, si lo que me imaginaba era un error o estaba bien, la verdad es que absolutamente todas mis dudas, las compartía con ella. Luego Mafer se casó y se fue a Londres a estudiar y cuando regresó nuestra vida ya era distinta; un tiempo después me casé y también le llegó el primer sobrino.

Sopa de letras

Cuando yo regresé de estudiar en Londres me sentía bastante perdida y Mafer me invitó a la Escuela de Letras, donde ella estaba dando, para Nece-

sidades Expresivas, una clase que se llamaba “El gran teatro del mundo” y, por supuesto asistí, absolutamente inocente de todo lo que me iba a ocurrir.

Yo fui a la universidad a compartir mi soledad con ella, pero, a medida que la escuchaba hablar, su teatro del mundo se me metió dentro y me abrió de otra forma: todo me conectaba, cada frase suya, cada imagen que acompañaba cada idea y cada sonido. Ella toreó esa clase con poético temple, esa manera tan suya de meterse dentro del alma de nosotros y de interpretar lo que te está pasando, sin nunca agredirte, sin nunca decirte qué deberías estar pensando.

Ese día conocí a sus amados alumnos: Chacho y Corina (pues a León ya lo conocía) y a partir de allí, esa Escuela de Letras se transformó en algo tan importante en mi vida, que puedo compararla con mis clases de solfeo. Para mí escucharlos hablar y compartir sus rollos, fue como aprender a leer música otra vez y de otra forma, aprender a leer de verdad el verdadero lenguaje musical.

Luego tuve el privilegio de ayudarla a copiar a máquina su tesis sobre Thomas Mann: *Simulacro, fracaso y verdad* y no se imaginan cuántas noches me quedaba paralizada frente a la máquina de escribir, no solamente por el contenido sino porque ella se anticipó a un invento posterior llamado “copy” y “paste”. Recuerdo que Mafer me decía, “No, Isa, lamentablemente de estas quince páginas solo me sirven tres, creo que tienes que volver a copiar esto, porque lo que puse aquí debería estar más arriba, esto que está acá va en la mitad, y aquello, al final”.

¿Me importaba? Pues no, porque cuando entendía el por qué mi hermana cambiaba el orden de las cosas, todo se destrababa, eran como puertas que estaban apretadas y de pronto se abrían hacia otro mundo.

(Continúa en la página 2)

Jugar con mi *hermanaja*



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ARCHIVO FAMILIAR

(Viene de la página 1)

Lo que si me angustiaba era sentir que lo que yo hacía en música no era apreciado por ella, sentía que yo no estaba a su nivel (porque tener una hermana de ese nivel..., es complicado). Pero Mafer tenía –y tiene todavía– su manera única de hacérmelo saber. Por ejemplo, una vez fue a un concierto que canté dedicado a García Lorca –una de sus especialidades– y de inmediato supe que le gustó por la forma en que ella te aprieta los brazos cuando está emocionada y te sacude, pero luego, para que no me quedaran dudas, me escribió un poema “Son las flores de mayo un día veintuno”, una de las cosas más bellas que he leído.

Siempre me apoya y, a la mayoría de mis clases de Historia de la Música que doy, ella asiste y hasta toma apuntes. ¡Ahh... sus apuntes!, sus famosas fichas, escritas a pluma con esa letra suya, personal y perfecta, siempre a mano, subrayando con colores, y con notas al margen. Cierro los ojos y todavía la veo, instalada en la mesa negra de la casa, estudiando y hasta la escuchó “¿Isa estás allí? (yo llegaba). Ya que estás parada tráeme una Coca-Cola” y yo me molestaba, pero me sentía extremadamente útil.

Y la vida siguió y llegó el segundo sobrino, enviudé y nos pusimos viejas, y nos preocupamos la una por la otra, nos apoyamos, y nos repetimos nuestras frases de infancia, “toma mi camisa”, “besos al coronel”, y ella sabe que siempre podrá tomar mi camisa, en todos los niveles que eso represente.

Conectarse con Mafer

Hay una frase que, a veces, me dicen algunas personas: “¿Cómo puedo conectarme con tu hermana?”. Y yo bajo la mirada, levanto una ceja, me sonrío y digo: “Eso... no es fácil”.

La manera más directa de llegarle es amar a quien ella ama, pero ojo, no son amores sencillos, ellos entre otros son: Dostoievski, Mann, Vallejo, Rilke, Lorca, Ajmátova, Cadenas, Rembrandt, Picasso, Van Gogh, Bach, Brahms, Brel, Montand, Antonio Ordóñez, Miguel Arroyo, Gerard Philipe, Maya Plisetskaya, Nureyev, Kogan, Richter y Glenn Gould, Londres de los 60 y París preferiblemente en mayo del 68. Por favor, hablemle de Rusia, del ballet, del flamenco viejo, de Kubrick, y si llegan a ver juntos, por ejemplo, *West Side Story*, cuidado, solo hablemle de Bernardo e invítela a almorzar en Da Guido; y eso sí, prepárense, sus clases duran cuatro horas (mínimo) y cuando se conecta (o la conectan) ¡llora a mares!

Como hermana, como escritora, como maestra, como amiga, como mujer, lo más admirable de Mafer es su honestidad, su fidelidad y la sinceridad y claridad de su intrincado pensamiento.

Para mí lo más importante de mi hermana es que es genuina: genuinamente hija de papá, genuinamente rusa y genuinamente flamenca, genuinamente de los años 60 y preferiblemente en blanco y negro. Mafer es tan sincera con ella misma que de verdad, no le importa si su manera de pensar está de acuerdo con la tuya, aunque eso le signifique que ella va a andar por unas calles donde –sobre todo hoy en día– va

a estar absolutamente sola; pero, si tú tienes el valor de ir a su lado por ese camino, te prometo que comenzarás a sentir que esa es la ruta fundamental, y aunque da miedo, sabes en el fondo, que si no hubieses entrado a esa calle te estarías perdiendo lo mejor de la vida.

Una frase escrita de mi hermana, “Las dedicatorias como los agradecimientos son deudas de amor”, motivó todo mi concierto cuando cumplí 25 años de carrera como cantante. Otra vez, hablando taurinamente del temple, me dijo “es en el aire donde se garantiza la intensidad y la hondura del encuentro” y a partir de allí entendí la distancia y la respiración del cantante y, gracias a otra frase de ella: “En la voz se escucha la fatiga del cuerpo, en la voz la máscara desvanece”, me acompañó en mi carrera y me atreví a cantar de verdad.

Cuando yo estudiaba el *Orfeo* ella me escribió: “Como Orfeo, su fracaso no consistió en volverse y perder a Eurídice, sino que aún después siguió cantando. Ese canto es efecto de un fracaso anterior, por eso, ningún éxito público y posterior compensa”. De allí tejí los hilos no solo de *Orfeo* sino tomé las fuerzas necesarias para cuando decidí dejar de cantar.

Ella lee, lee... lee desde chiquita y a una velocidad y hondura que te pasma. Lee con música de fondo, y ojo, siempre la misma música hasta que termina ese libro. Todavía hoy para mí, el *Ter-*



LUIISA PALACIOS Y SUS HIJAS ISABEL Y MARÍA FERNANDA / ARCHIVO FAMILIAR

cer *Concierto de Beethoven* para piano y orquesta va unido con Alejandro Dumas y *Los tres mosqueteros* (nada que ver, pero así lo decidió Mafer).

Pero si creen que ella es pura literatura pues no, Mafer dibuja muy bien y hace collages bellísimos..., ¿y saben?,

no pueden hacerse una idea de lo que es ver una pintura con María Fernanda al lado; ¡cómo ella te enseña a ver lo que no ves!, ¡cómo conduce tu mirada alrededor de los cuadros!

Ver con sus ojos *La guardia nocturna* de Rembrandt te codea con cada uno

de sus personajes, ella te mete allí, con ellos, y encuentras detalles que jamás has visto. Luces y sombras porque ella te saca la luz desde la sombra y oscurece lo que no deberías estar viendo (pero que te da curiosidad) y luego, llega el momento, –cuando te sientes en su embrujo– que Mafer te lanza la frase “Rembrandt para encontrar la fe, apagó la luz” y a partir de allí... ¡Te fregaste!

De verdad, es insólito el sentido estético de María Fernanda en las artes plásticas y todo eso que dice, va por supuesto acompañado de sabiduría, porque absolutamente nada de lo que te dice, no lo ha estudiado e investigado, en 40.000 fuentes y lo ha digerido. Mi hermana saca el agua realmente de un pozo ancestral.

Su biblioteca tiene repisas con tres filas de libros y ellos, en su casa, están por todas partes. Pero, lo maravilloso es que todos esos libros están dentro de ella y cualquier cosa que necesita, sabe de dónde sacarlo (no solo el libro sino el contenido). Además, (como cuando Cyrano actúa) sabe cuál es la frase que tú necesitas, cuál es el pedacito del poema de Lorca que te va a tejer el concierto, cuál es la frase de Cadenas que se te va a instalar en la sensibilidad y qué es lo que deseaba Rilke con los atardeceres púrpura, porque si mi hermana no me los hubiese subrayado en mi *Diario Florentino*, creo que me hubiese perdido todos los atardeceres del mundo.

Mi mamá me dio el ser; y Mafer el estar: ¡qué maravilla que existen esos dos verbos, en español! Mientras hacía esto comprendí que no voy a poder decir nunca en estas líneas lo que me pidieron, cuando me pidieron que lo escribiera; sobre todo no creo que logre escribirlo en dos mil palabras, porque ahora veo claramente que no hubiese podido enfrentar la vida sin Mafer y mis dos mil palabras serían demasiado monótonas e incomprensibles: ¡Gracias, hermana... Toma mi camisa... Besos al coronel! Isa (su *hermanaja*). ☺



ISABEL Y MARÍA FERNANDA PALACIOS / ARCHIVO FAMILIAR

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

Para María Fernanda

MARÍA PILAR PUIG MARES

Hoy es 26 de octubre y nuestra muy querida María Fernanda Palacios cumple 80 años. Todos los que la queremos, tanto los que aquí escriben como los todavía más numerosos que por diversas razones no han podido participar, queremos felicitarla y decirle, una vez más, cuánto la queremos y lo importante que ha sido en nuestras vidas, no solo como maestra sino como guía, amiga, apoyo...

El *Papel Literario* y su director, Nelson Rivera, desde hace tiempo acarician la idea de ofrecer a Mafer una edición en su elogio; la fecha seleccionada, la de su celebración, no puede ser más auspiciosa porque este es uno de esos días en que lo único que importa es el cariño. Quizás por esta razón, algún lector echará de menos la presencia de artículos sobre su obra; pero, al parecer no ha sido posible escribirlos ni siquiera por quienes la conocen y han analizado muy bien. Incluso ellos, que iniciaron párrafos con este fin, inmediatamente cambiaron de tercio y la escritura se fue convirtiendo en una suerte de memoria íntima y agradecida, plena de alegría que, desde la distancia del tiempo, y acaso también del espacio, los llevaba a lugares y horas cuando, “tan jóvenes y tontos”, como reconoce Roberto Martínez Bachrich, descubríamos de su mano “Eso que no podíamos prever [pues] aquel curso [no importa cuál], que contemplaba una breve selección de iluminadoras lecturas, muchas del todo desconocidas para nosotros, marcaría profundamente nuestras vidas. Creo que no hay en lengua humana palabras para dibujar la sensación primera, lo que aquella clase inicial nos regaló. [Enseñar literatura, o dejar que la literatura nos enseñe]”. “María Fernanda Palacios y ‘la clase como género literario’”.

Así pues, este homenaje a María Fernanda es mucho más que eso, es el reconocimiento de nuestro agradecimiento y profundo cariño por ella. Querida María Fernanda, sabes cuánto te queremos. ☉

Como la rama temblando

ÉRIKA ROOSEN

¿Los señores saben escuchá?

Hay en el aula un jubiloso ambiente de expectativa. Nadie llega a una clase de la profesora María Fernanda Palacios sin esperar algo *grande*. Y eso grande, creemos todos, empieza a hacerse tangible desde el comienzo de la clase, cuando con tres golpecitos al escritorio y una sonrisa la profe llama nuestra atención. Se hace tangible, sí, por la *cortesía*, que para Steiner es una obsequiosidad de corazón, y que la profe ha hecho suya al preparar la clase. Luego de escucharla unos minutos, sorprende la admiración: qué ilación de las ideas, qué gracia al hablar, cuánta emoción lectora: ¡esta clase es un ensayo literario desplegado ante nosotros! Esto, decimos, esto es: esto *es*. Mas, cuando creemos que hemos comprendido, *él* llega. “Poder misterioso que todos sienten pero que ningún filósofo explica”: algo que parece tomarla repentinamente desde la planta de los pies y se hace cabriola... ¡porque llegaron los remaches!; y se hace chillido, pues la cantora es ratón sin voz, ¡pero cómo canta!; y se hace grito, pues, ¿cómo no lo habíamos visto?, ¡el incendio está en las almas! Y es una b del buitre en las entrañas. ¿Quién en el aula puede decir qué es lo que ha pasado? ¿Un “no sé qué de auténtica emoción”? “Las piquetas de los gallos / cavan buscando la aurora, / cuando por el monte oscuro / baja Soledad Montoya” hasta nosotros, cuando baja y baja hacia adentro gracias a ese tono con el que la profe recita, encarna el poema... *Lo grande*, entonces, no era un virtuosismo, no era un orden, una técnica, ni siquiera era grande, sino lo contrario: una misteriosa y oscura disposición, quizás, a silenciarlo todo para que él llegase. Y cuando él llega, mi profe, aunque los señores no sepamos *escuchá*, escuchamos.

Todo gran artista, nos dijo María Fernanda en una de sus clases, nos deja un adjetivo: lo conradiano, lo kafkiano, lo dostoyevskiano, lo vallejiano, esto es: una nueva forma de ver el mundo



MARÍA FERNANDA PALACIOS / CORINA MICHELENA

y de estar en él. Y solo un gran maestro, podemos decir nosotros, nos deja un tono: el acento preciso en que esa nueva forma de ver el mundo y estar en él se despliega ante nosotros hasta

dejarnos para siempre “como la rama temblando / cuando el pájaro se va”. Gracias, mi profe, por la oscura raíz del grito, por “el constante bautizo de las cosas recién creadas”. ☉

María Fernanda Palacios: el don de una vocación

CARMEN TERESA SOUTIÑO

El profesor se encarga de abrir un camino, de entreabrir esa puerta que está dentro de cada uno, para que la “materia” circule en conexión con la memoria y las inquietudes de cada quien.
María Fernanda Palacios

María Fernanda Palacios, como se afirma en su biografía, es ensayista, poeta, traductora, crítico literario y profesora; esta última una vocación de cuyo *officium* celebra 55 años, años que están entrañablemente unidos a la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Junto con Rafael Cadenas y Jaime López Sanz, es una de las fundadoras del Área III de esta institución, hoy Literatura y Vida. Durante el coloquio realizado con motivo de los 70 años de la Escuela de Letras, Mafer, como también solemos llamarla, nos habló de los fundamentos sobre los cuales se sustentan los estudios de literatura que dieron origen a esta área, fundamentos que, podríamos decir, han permeado en gran medida la forma en que nuestra Escuela aborda el hecho literario:

“Nosotros, la vieja generación de profesores que estamos todavía aquí, aprendimos a dar clases, y nos hicimos profesores a finales de los sesenta, durante la renovación académica, y fue entonces cuando en Letras se fundó el área de estudios que hoy se llama “Literatura y Vida”. Pero no hablo de un ‘departamento’, quiero decir que ese gesto iba en una dirección muy amplia... no implicaba solamente el añadido de unas nuevas disciplinas; se trataba de algo menos estrecho, se trataba más bien de un territorio, de una zona desde donde estudiar las viejas y las nuevas disciplinas: el lenguaje, la historia literaria, los géneros, las formas, las teorías... Estos estudios, transformados ahora en las asignaturas del Área de Literatura y Vida, nacieron con un fuerte ingrediente que no tiene que ver con suministrar informaciones y sistematizaciones. Ese ingrediente podría llamarse también lección de desengaño y pasión inconforme, una actitud y no una aptitud: la que consiste en no dar por descontado lo humano en el ser humano...”

Por sus clases han transitado diversidad de estudiantes, entre los cuales me incluyo, a los

que, como lo expresa el epígrafe de este escrito, nos ha entreabierto las puertas de un asomarse a ese silencio y fuerza insondable que están tras una imagen artística. Para quienes hemos tenido el privilegio de asistir y sobre todo vivir sus clases, sentíamos que con María Fernanda entrábamos a lo que en la antigüedad era la experiencia religiosa del teatro, en la que, a la vez como espectadores y actores, nos era dado sentir en nuestro cuerpo la emoción de esa catarsis; citando a Briceño Guerrero, del “amor y terror de las palabras” al asomarnos a los escenarios y territorios profundos, muchas veces abismales, que conforman una obra de arte, una experiencia en la que se nos pide, como lo demanda la frase de Miguel Arroyo ubicada a mitad de la rampa que nos conducía a los salones de clase: “Ustedes tienen que aprender a ver”.

Como espectadores de ese teatro en el que se convertía el salón de clases, sentíamos, junto con los otros estudiantes que llenaban el aula, que las palabras comenzaban a tener cuerpo, a reverberar y penetrar en nosotros. Con María Fernanda y la obra –o las obras– que tocaba visitar ese semestre emprendíamos el viaje de ese aprender a ver que no es otra cosa que aprender a leer, aprender a ser lector, a ser un lector de imágenes. Adentrarnos en la intimidad de ese misterio primigenio que ocurre al traspasar el umbral que nos sumerge en el paisaje de las imágenes que habitan los versos de un poema, la prosa de una novela, los colores y formas de una pintura o los planos de una película: “Las imágenes las hace el alma, no el yo. Es decir, las hace la vida en nosotros. Leer imágenes implica, en primer lugar, reconocerlas, escucharlas; luego, se trata de observar qué provocan en nosotros, qué conexiones hacen”.

Descubrir qué conexiones se hacían en nosotros al contacto con esas imágenes era la tarea encomendada a lo largo del semestre y que al final terminaba haciéndose forma en un trabajo escrito. Era “ver” cómo se tejía esa urdimbre cuando la palabra de una obra resonaba en otra que habíamos leído o escuchado no sabíamos en qué momento ni dónde, o cómo esta palabra o frase se encarnaba en imágenes de nuestra propia vida ya transformadas por

los años, como decía Rilke, en “sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos”; es decir, las vivencias transmutadas en memoria, en esa memoria a la cual Lezama Lima llamaba “el plasma del alma”.

Con las impresiones y ecos de las palabras de un libro que iban venciendo nuestras resistencias, nuestros lugares comunes, y penetraban en nosotros cada vez más hondamente, dejándonos al desnudo, en silencio, empezaba nuestro proceso de iniciación, proceso que corría siempre el riesgo de ser abortado por el miedo a quedarnos a solas con esa desnudez y empezábamos a cubrir con comparaciones retóricas, con ideas que nos alejaban cada vez de la obra literaria. Ante este peligro, María Fernanda siempre nos advertía: quédense en las palabras, las imágenes del texto. Como lo expresa el escritor Roberto Martínez en su ensayo “María Fernanda Palacios y ‘la clase como género literario’”: “y si aprendíamos era, justamente y gracias a ella, desaprendiendo los viejos vicios, tantos y tan arraigados, a veces, de esos que desvían al lector de la lectura, que lo llevan a pensar o encontrar cosas más acá o más allá del texto, pero alejándose –siempre– del texto. Y ella nos ayudaba a *quedarnos*”. Así tratábamos de adentrarnos y quedarnos en los territorios de Thomas Mann, con su *Doktor*

Faustus; de Fiodor Dostoyevski, con *Los hermanos Karamazov*; de Federico García Lorca con su *Romancero gitano* y sus tragedias, *La casa de Bernarda Alba*, *Yerma*; de Andrei Tarkovski, con *El espejo*, *Andrei Rublev*, *Stalker*.

El curso de María Fernanda al que asistí por primera vez fue uno de Necesidades Expresivas, una asignatura obligatoria que formaba parte del pénsum. Nuestra lectura de imágenes se consagró a ahondar en la relación entre el escritor y la obra literaria, sobre su mediación con la muerte y el misterio a través de la palabra. Como el epílogo de una tragedia griega, la breve introducción de su temario nos daba las estelas de lo que recorreríamos ese semestre: “Este curso tiene como centro la imagen del guía de almas (*psicopompos*) y la imagen como guía de almas. Alrededor suyo se comentarán una serie de textos que tratan directa o indirectamente con el mito del arte como intermediario y del artista como guía o “Stalker” entre el mundo y la interioridad del ser humano. Las palabras “alma”, “emoción”, “raptó”, “sentimiento”, “mito”, “fantasía”, “realidad”, “imagen”, “gracia”, “oscuridad”, “memoria”, “soledad”, “intimidad”, aparecerán en las clases inevitablemente ligadas a la vida y a la obra de una serie de autores que tienen en común no un estilo, ni una ideología ni un credo estético, sino “una cierta intimidad con el misterio”. A partir de ese momento sus clases, lo que entrañaba estar en ellas, se volvieron para mí en una necesidad, tan es así que me convertí en la figura con la que casi realicé otra carrera, la figura del “oyente”, la del que asiste a un curso por gratuidad solo para vivir en silencio ese aprender a ver que propicia el sentir de la emoción que nace en nuestra interioridad cuando estamos ante una imagen literaria, plástica, que nos ha revelado una epifanía.

Durante una etapa de mi vida, de luto por la muerte de mi madre, desde ese inframundo en el que el alma suele arrastrarse por el dolor y cuando solo podía ser una espectadora de imágenes con cuya compañía transitar ese camino por el Hades, sus clases fueron un refugio y siguen siendo hoy en día un lugar en mi memoria desde el cual oficiar mis rituales de lectora. ☉

“
María Fernanda
siempre nos advertía:
quédense
en las palabras,
las imágenes del texto”

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

De la conversación pedagógica: ensayo y poesía hablada en María Fernanda Palacios

"el poder hechicero de una clase de María Fernanda Palacios tiene que ver, sin duda, con el peso de lo tonal"

RAFAEL CASTILLO ZAPATA

"Todas las artes son capaces de duende, pero donde encuentra más campo, como es natural, es en la música, en la danza y en la poesía hablada, ya que estas necesitan un cuerpo vivo que interprete, porque son formas que nacen y mueren de modo perpetuo y alcanzan sus contornos sobre un presente exacto", dice García Lorca en "Teoría y juego del duende". Este párrafo me viene como anillo al dedo para bucear en el remolino de la *poesía hablada* en que consiste una clase de María Fernanda Palacios, maestra universitaria.

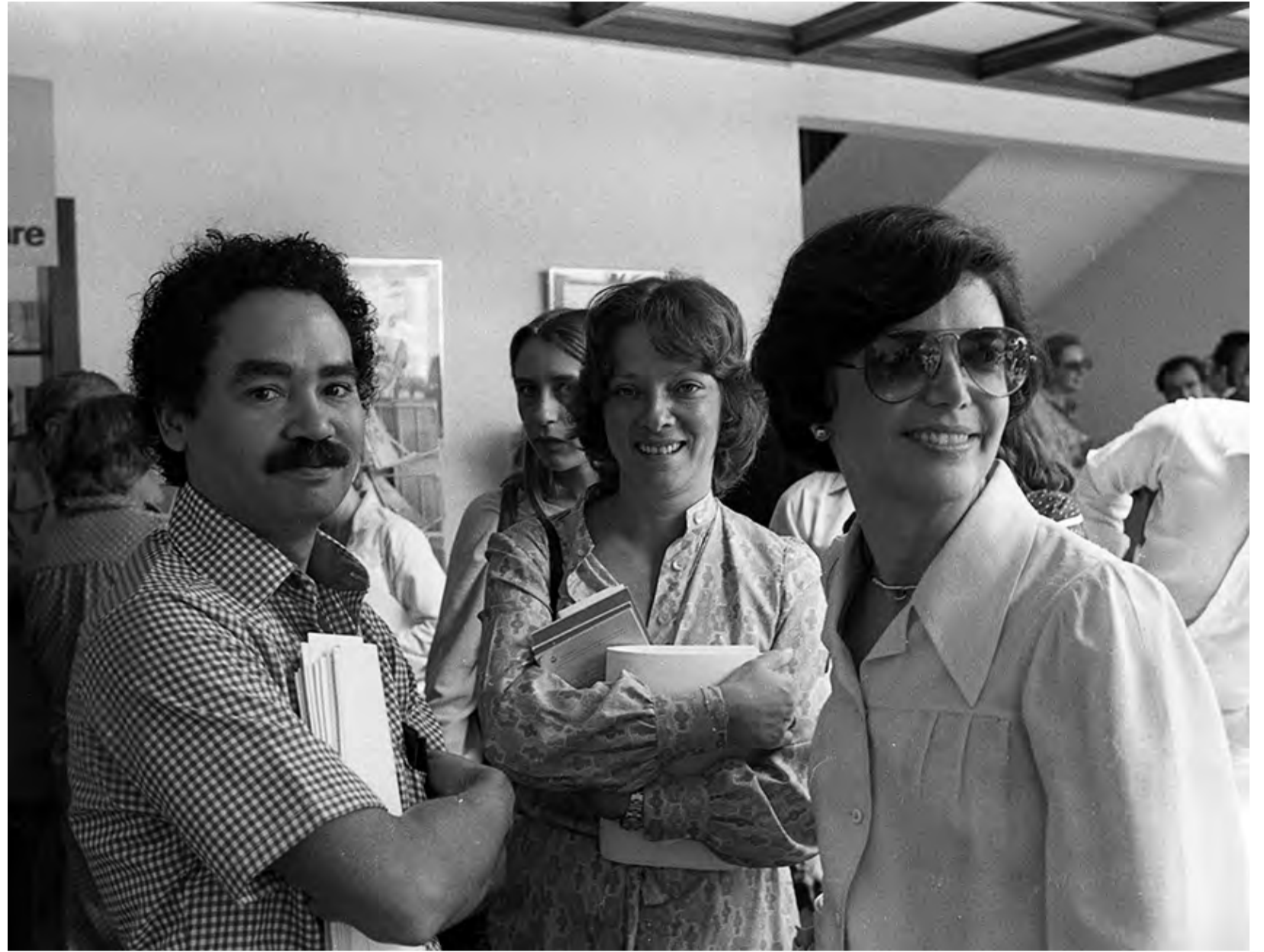
García Lorca habla de la *poesía hablada*, pero bien pudiera haberse referido a la conferencia que él mismo estaba dando. *Poesía hablada*, podríamos decir nosotros, puede que sea lo que ocurre a veces en una clase, o en ciertas clases de las que suele dictar la profesora Palacios, clases que constituyen, ciertamente, el curso de un discurso que demanda "un cuerpo vivo que interprete".

El conferencista, o el maestro que imparte y comparte una clase, también *interpretan* lo que dicen con el *cuerpo vivo*, con el cuerpo vivo de la carne y de la sangre y con el cuerpo vivo del lenguaje, de la palabra dicha, de la palabra entonada, paladeada con el *regusto* de su fraseo. Porque una conferencia puede ser un canto, un *cante*, como las del propio García Lorca, rebosantes de *duende*. Como las clases de María Fernanda Palacios, por su parte, pienso.

El poder hipnótico, el poder hechicero de una clase de María Fernanda Palacios tiene que ver, sin duda, con el peso de *lo tonal*. Lo que pesa y hace peso en las palabras *dichas* y las dispone y predispone para resonar provocando revelaciones sensibles repentinas es, precisamente, el *tono*, el modo como están dichas, su fraseo, su regodeo vocal, su entonación, su *son* dinámico, con *duende*.

En esa *palabra dicha*, en ese *discurso hablado*, las "formas nacen y mueren de modo perpetuo y alcanzan sus contornos sobre un presente exacto". Esta última frase que corona perfectamente un párrafo perfecto es otra forma sintética y oblicua de referirse a la potencia germinal de la palabra hilvanada en el aire de la ocasión, del instante cargado de promesas impredecibles e imprevistas donde tiene lugar la *ocurrencia*, el golpe de suerte de la ideación y de la imaginaria que provoca un chispazo revelador que luego se coagula como *verdad hallada*, como regalo, como don, como gracia.

Como en el ensayo, la palabra dicha en la con-



JAIME LÓPEZ SANZ, HANNI OSSOTT Y MARÍA FERNANDA PALACIOS, ATRÁS NUNI SARMIENTO / ©VASCO SZINETAR

versación amistosa o en la conversación pedagógica es una palabra que tantea, que va tanteando en busca de sentidos: la conversación pedagógica es realmente rica y productiva no cuando repite cosas sabidas y orienta su deriva hacia un sentido que ya conoce de antemano, sino cuando se entrega a la potencia de azar de su propio devenir, de eso que Palacios llama *vai-vén*, de ese ir de verso en verso del *versar* que es *con-versar*, *versar con* otros, frente a los otros, y que convierte a la conversación pedagógica, ciertamente, en un *ensayo* en acto, por así decirlo, en un *ensayo* –un tratar, un tantear– que se va armando en el aire, sobre la marcha, a merced de lo impredecible.

"En lugar de ideas construidas, en lugar de la corpulencia del pensamiento conceptual, el ensayista es maestro de la debilidad y sabe pasar con suavidad sobre su objeto, sin agotar nunca ni el tema ni al lector", escribe nuestra profesora. En una clase, en efecto, nunca se agota un tema, a menos que uno llegue ya agotado a darla, o vaya con el tema agotado de antemano, ya gastado y acotado, con un conocimiento sabido y consabido, prejuicioso o consagrado. La clase dichosa, la clase generosa, la clase que brinda fruto y cataliza efervescencias creadoras entre todos los que participan de su juego, es la clase

que se asume, de antemano, *infinita*, interminable; la clase que, en principio, a decir verdad, presiente que no va para ninguna parte, porque nadie que intente pensar *productivamente* sabe a dónde lo van a llevar, por así decirlo, los pensamientos; o mejor, a dónde lo van a llevar las palabras con que piensa que piensa y que en verdad lo piensan mientras va pensando. Porque solo cuando somos, en efecto, de este modo radical, sujetos de la palabra, sujetos *de* palabra, sujetos sujetados a su devenir inabordable, nos ponemos en condiciones de dar con una revelación iluminadora que se convierta en auténtica sabiduría. Y las clases de la Palacios, ciertamente, son así: portentosos ensayos que se escriben en el aire de una atmósfera donde todo se confabula para que aparezca el *duende*, para que estallen las *palabras endemoniadas* que son las únicas que nos asoman al único conocimiento que vale la pena, el conocimiento de lo misterioso que nos deja eternamente insatisfechos, en ascuas, empujados a seguir en la deriva, probando, tanteando, especulando, *por siempre jamás*.

El maestro *ensayista* sabe que no domina nada. Y se deja llevar por su desamparo, sin que por esto pierda la razón, o se pierda para

ella. Lo que ese maestro propone y presupone es la experiencia de otra razón, de otro razonar, de otro modo de lidiar con las palabras, con el saber que su sabor desprende.

Y con tanto talento de ensayista dicta la Palacios sus clases, con ese dejo escéptico de quien se aplica a sí mismo todo el tiempo el dardo sagaz de la ironía, que ella misma pone en duda la condición misma de su profesión. Cuando la Palacios *profesa*, en efecto, desmiente toda convención profesoral corriente, porque si ella *profesa*, lo hace solo como *ensayista* confesa, es decir, acercándose a su objeto "a través de imágenes e intuiciones".

Así es como funciona una clase suya como ensayo, una clase que es tanteo a través de imágenes e intuiciones, donde las ideas siempre *vienen*, es decir, *advienen*, están *por venir*, y, por lo tanto, no están dadas de antemano, no se va a reafirmarlas como si ya se las tuviera y se las retuviera y contuviera, sujetadas, ya sabidas, sino a tentarlas y a intentarlas, a hacerlas venir sin esperarlas, que es el modo como en realidad llegan ellas –reveladas– cuando tienen verdadero peso y trascendencia, cuando tienen *duende* y cuando portan y transportan su *demonio*, regalándonos pletóricas su *brujería*. ☉

De la amistad y la memoria

IRMA CHUMACEIRO

Vuelvo al pasado, cincuenta y más años atrás. La misma Escuela de Letras que hoy nos acoge, entonces, una suerte de cruce de caminos con destinos solo imaginados. Coincidíamos allí, pasados los agitados días de la Renovación y del cierre de la UCV, viejos maestros cuidadores del saber tradicional y su historia, jóvenes profesores con la voluntad de cambiar la universidad y de enseñar otras formas y otras voces de la literatura y nosotros, los estudiantes deseosos de abrazar las nuevas propuestas y de conocer los autores clásicos o noveles que modelarían nuestra forma de vivir la literatura y, quizá, también la vida. De aquellos días, son muchas las experiencias memorables: los nuevos amigos, tan distintos, pero con las mismas ganas de aprehenderlo todo; las largas tertulias en los cafetines como continuación de las clases; la amplitud del campus y los hermosos espacios por descubrir en la universidad.

Hubo, sin embargo, algo que me sorprendió, y desde entonces cambió mi manera de entender la enseñanza, fue el trato cercano y afectuoso

que a los nuevos alumnos nos brindaron algunos de los jóvenes profesores, quienes, arropados en la literatura, supieron contagiarnos su entusiasmo y dedicación. De aquellos días de iniciación universitaria nace mi relación con María Fernanda Palacios, primero de profunda admiración y hasta de cierto mimetismo, luego una amistad hecha del día a día, de compartir ideas, proyectos, afinidades y afectos; pero también de comprender diferencias, de encontrar complementariedades y de encarar con sinceridad los desacuerdos.

Mis primeras clases con María Fernanda fueron de revelaciones y encantamiento, lo clásico y lo disruptivo en un solo respiro. Sus largas y densas intervenciones, las lecturas que nos proponía y que solía acompañar de música y manifestaciones de arte abrieron para mí un mundo por descubrir, otra forma de apreciar los lenguajes, sus textos, sus cuerpos y las variadas conexiones posibles entre ellos. El solo nombre de la asignatura, Necesidades Expresivas, fue desde el primer día la certeza de algo muy distinto, de otra forma de acercarnos a la literatura, no como recuento de manifestaciones estético-cul-

turales destacadas y entrañables, sino como una experiencia siempre inédita, algunas veces perturbadora y casi siempre apasionante. Entonces, Mafer, profesora contemporánea con sus estudiantes, hablaba con pasión, cada sesión era otra puerta que nos abría, no solo a la literatura, a la música, al arte, sino a la conexión de estas expresiones con la vida, con la necesidad de ver más acá o más allá de los libros.

Luego vinieron otros cursos, mi ingreso como profesora a la Escuela de Letras, nuestras coincidencias en la forma de concebir la universidad, las responsabilidades de dirección: sus altos y sus bajos, los amigos en común, las muchas afinidades y algunas complicidades. En ese terreno ha crecido una amistad alimentada no solo por experiencias, emociones y afectos compartidos, sino también reforzada por el sueño de una universidad de excelencia, plural, crítica y hasta disidente, si la situación lo exige. Esa universidad que todavía creemos posible por encima de las dificultades, imposiciones y miserias del presente.

Recientemente, volví a un curso libre de

Mafer en la Escuela: *Mimesis y poética*. Era viernes a última hora de la tarde, poca luz en los pasillos. Un ensordecedor ruido de fiesta en las cercanías amenazaba nuestro encuentro. Sin embargo, el aula 201 estaba llena: alumnos, profesores y asiduos admiradores de la *profé*, la expectativa de una clase muy especial se sentía en el ambiente. María Fernanda tomó la palabra, su tono asertivo y emocionado de siempre se impuso al auditorio, abrazó muchos temas, hasta escenificó algunos, vinculó armoniosamente filosofía, literatura, arte y vida, nos condujo de lo mítico a lo clásico, de lo moderno a lo contemporáneo. Ello con la advertencia de "vivirlo todo como presente, como eterno y transitorio a la vez"; siempre con el propósito de imaginar y reimaginar cada experiencia entrañable, atesorándola en una mirada, en un hilo de memoria que pueda devolverla, desafiando su magia, al presente que no cesa.

Las líneas anteriores, de evocación y afecto, son una muestra de esos hilos de memorias que atan al presente a aquello que se niega a ser ausencia. ☉

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

Mi reino por un seminario

JUAN PABLO GÓMEZ COVA

Hace unos años, queriendo ser ingenioso y sin faltar a la verdad, escribí en una red social que daría “mi reino por un seminario de María Fernanda Palacios sobre *Demonios* de Dostoievski”. El parafraseo shakesperiano era un intento de expresar mi sensación de desajuste: en ese momento leía esa novela por primera vez, muchos años después de haber dejado de ser alumno de María Fernanda (como si fuese posible “dejar de ser su alumno”). Lo que había era nostalgia y anhelo a la vez. Y me quejaba de no haber podido dar en Europa con esa atmósfera, con ese *tumbao*, con ese afecto que se sentía en sus clases. ¿Seré yo? ¿Estaba malacostumbrado a ese esplendor? La ciudad donde residí es seca a nivel climático, y aquello repercute en los caracteres, los tonos y los gestos. Una estepa helada en invierno y soporífera en verano, donde se destacan las piedras. No, aquí no hay una María Fernanda. Aquí no hay chaguaramos, mucho menos “criollísimos saboreos”. Pero, lo más curioso, no hay tanteos imaginarios con las ansias nihilistas que se ciernen como sombras sobre uno al leer a Dostoievski. Y eso que el clima de aquí replica en algún grado al de las estepas rusas. Pienso que a Conrad no le gustaba Dostoievski porque le debía mucho, pero además porque nunca lo leyó en clases de María Fernanda.

Más allá de lo personal (¿hay algo más allá de lo personal?), lo que más extraño de María Fernanda es su poder imaginativo para traerme la San Petersburgo del XIX o la Andalucía previa a la Guerra Civil a un salón de clases en la Ciudad Universitaria de Caracas con tanta nitidez. Sus clases sí que eran el reino de la imagen. Nada podía igualar la magia de ese traslado múltiple que se gestaba en la lectura. María Fernanda enseñaba a leer; es decir, enseñaba a otorgarle sentido a nuestras ínfimas historias personales porque la literatura nos hace acordarnos de nosotros mismos.

Con María Fernanda conversé mucho. Desde siempre, nos fuimos juntos. Tuve la extraña suerte de ser casi su vecino. Por allí me colé, y así, me llevó muchos años a mi casa, mientras yo fui estudiante. Y después, cuando simulé ser su colega universitario, la llevé yo a la suya, como para dibujar el círculo completo. En esos trayectos, yo escuchaba y escuchaba. La clase se expandía, mientras bajábamos/subíamos la montaña: se incorporaban la política, el Instituto Warburg, Gardel, el béisbol, la perestroika, las historias personales, las huelgas, el país, Ajmátova, Calasso, Lezama y Lorca. Yo recreaba su niñez –a través de sus comentarios–, su propia mitología de doncella criolla, con sus dulces, sus mangos, el taller de su madre y sus memorias parisinas. Poco a poco, nos fuimos labrando una complicidad, un espacio mutuo, un guiño tan elusivo como íntimo. Se me ocurren muchas anécdotas, muchos asombros, muchos elogios que no caben en este espacio. Después de ella, nunca he estado en un aula de clases sin que, de un modo u otro, esté presente.

Mafer

DIEGO ARROYO GIL

Para Érika y Álvaro

Me gustaría poder escribir algo sobre María Fernanda que fuese digno del amor que siento por ella y de la sobriedad que le haría bien a ese amor. Sería una manera justa de darle forma, a través de la palabra, a este sentimiento luminoso y oscuro que me dice que mi vida sería inconcebible sin Mafer. Ya el hecho de que hable de *amor* me pone en serios aprietos ante la tarea. El amor mueve el sol y las demás estrellas, dice el Dante, quien igualmente sabía que ese mismo amor nos nubla el entendimiento y nos enreda la lengua. Esa es la razón por la cual, cuando María Pilar Puig me convidó a participar en este homenaje, mi primer impulso fue rechazar la invitación.

Apartando el hecho de que un exceso de homenajes no le hace bien a la salud de quien los recibe aunque se los merezca, no quería desbarrancarme, como en ocasiones anteriores, en una serenata a mi querida profe, a la mujer que me enseñó y que me enseñaba todavía a leer, que me animó y me anima todavía a escribir, que me trata como si aún fuese un *jeune homme* a pesar de que ya no lo soy; a la mujer con la que riño, a la sordina, porque no puedo cumplir con las preciosas esperanzas de su generosidad y



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ©ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA

Tarjeta postal para María Fernanda Palacios

ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA

Tanto que decir sobre nuestra profe y sus tremendos ensayos y su poesía y sus collages y su perspicacia con sentido de la realidad y mucha intuición, el vuelo metafórico de su conversa y el súbito cómplice de sus pausas, reparos, digresiones, figuras y salidas que suelen caer así, como si nada; “López decía que la psique tira velos”, soltó una vez, entre amigos; así, como si nada, el comentario abrió una leve rasgadura en la jovialidad del instante y por ahí llegó el *tokonoma* y así ha sido desde que la recuerdo, hace un par de décadas ya, abriendo y mostrando puertas, cruces, pasadizos, generosamente; y por eso esta postal quiere ser un brindis, sí, por las vocaciones que ha encaminado dentro de la Escuela y la exploración que suele abrir en el “nervio” de Literatura y Vida –rusos, acmeístas, homéricos, románticos, modernos– y más aún cuando el capote recontra-hiper-requete-remendado de la Ciudad Universitaria que llevamos muchos adentro no se deja reventar así de fácil –¡olé!– en medio del aguante; sí, Mafer, brindo, la vida de tus cursos lo mere-

cen, mientras amainan –todas las divinidades quieran– los despeñaderos venezolanos; brindo y brindo, como el volatinero, sin teatro fijo, por enseñarnos a leer –leernos– en las voces de los autores y la trama –el alma– de las ciudades (Caracas, París, San Petersburgo), todas las transitamos en un corredor desde la Facultad hasta el boulevard y más allá de este acá; brindo, pues, por la fuente de la poesía y los golpes de dados y el duende y la raíz de toda vida y *por lo que Dios no salvó*, seguro agregarías, aunque allí donde aparece el peligro..., atraviesa el paisaje el jinete de Pushkin.

“Tú sabes que yo no tengo obra sino clase”, le oí decir en el pasillo de Ingeniería, pero pudo haberlo comentado en la rampa de Letras o la puerta de la 201; ahí está, de nuevo, clase y obra, obra y clase, dos momentos del mismo pulso que oscila entre la inquieta calma de sus páginas –¡qué obrar!– y las aulas; según el ánimo y la situación, los encuentros se desenvuelven como un ensayo que va volviéndose poema, pieza teatral; a gusto se mueve dentro de sus papeles y *cuadernos de clase* con flechas, dibujos, recortes, rutas, el guion o partitura que durará una tarde y siem-

pre; los programas de sus cursos suelen presentarse como una carta pedagógica; y quienes hemos recibido la gracia de su saber cosmopolita y raigal –muy criollo– percibimos sus guiños a través de palabras *con tal tono*, epígrafes, pistas bibliográficas y la invitación a frecuentar los supuestamente “descontinuados” términos de la retórica clásica para gustar el pulso subterráneo de la lengua; y, mientras tanto, a cada estudiante muestra caminos acordes con sus intereses; ejemplos hay para tirar al aire: todavía le agradezco que me haya presentado a Citati, Jaeger, Mandelstam o Calasso; cuando casi nadie lo leía, ya ella lo había puesto a rodar en el pasillo...

La música de sus *sesiones* acontece en el entrecruzamiento de la imagen, la poesía y la belleza; ahí van, oscilando, solapándose y fundiéndose en una atmósfera que me recuerda a *Las olas*; temple y tempo, los “temas”, como los personajes de Woolf, aparecen y se fugan en el toque sobre la mesa y un taconazo discreto; esa emoción para *dar* algo más que una “clase” –la invitación a moverse dentro de la imaginación– es una *obra*, la entrega a una tarea civil envuelta en el don de su benéfica presencia. ☉



MARÍA FERNANDA PALACIOS (1963) / ©MIGUEL NEUMAN

de su afán del corazón. Pues así como esas esperanzas me espolean y alimentan mi pasión de vivir, también me agobian y me desbordan. El amor es difícil. Y, sin embargo, como canta Jacques Brel, *c'est toujours la tendre guerre...*

Rechacé la propuesta de María Pilar, pero María Pilar insistió, y heme ahora aquí incurriendo en lo que no quería incurrir: en largar estas cosas que me importan solo a mí y acaso a Mafer. Además de cursi, pertinaz, ¡espantosa combinación! Lo bueno es que estamos entre colegas, como dicen los españoles, o entre panas, como decimos nosotros, entre allegados y ami-

gos, en esta peñita donde todos sabemos –como escribió Guillermo– que los que han contemplado una sola vez la belleza están destinados a llevar consigo una riqueza, un desamparo para siempre, y que por esa riqueza, por ese desamparo y por esa belleza vale la pena arriesgar el tipo. Guillermo decía, más cabalmente: arriesgar la vida.

En este país insustituible, al que uno quiere y no quiere hasta los huesos y el hartazgo, de camino a la Escuela de Letras por los pasillos techados del maestro Villanueva, desde hace más de cincuenta años María Fernanda ha ido a reunirse con sus alumnos para “retomar aquel hilo, misteriosamente fresco”, de la antigua voz humana... ¡Qué magnífico lugar de encuentro para las soledades es la literatura!... ¿Desde hace más de cincuenta años? Eso fue ayer, es más: es hoy. Porque no se trata solo de contar los años sino de contar con lo que cuenta, y lo que cuenta es lo que vuelve a estar vivo cada día.

A veces he lamentado no haber estudiado Letras como Dios manda. Fui alumno de Mafer siempre en condición de oyente de la Escuela de Comunicación Social, lo cual no me eximió de tener que presentar exámenes y trabajos, pues ella me lo exigía. Era una suerte de hospitalidad aristocrática: eres bienvenido, juega el juego completo. La memoria de aquellos días despierta en mí una alegría incomparable, una alegría que arropa a otros profesores, en especial a Jaime López Sanz, e igualmente a Roberto Martínez Bachrich y a Rafael Castillo Zapata. Es la alegría de un sueño benéfico. Yo era un “extraño”, digamos, un *navegao*, pero me sentía en casa en la Escuela de Letras. Se lo debo, en

el origen, a María Fernanda. Y, en el origen del origen, a quien me la presentó: Rafael Cadenas. A lo que llamé *amor*, entonces, puedo llamarlo gratitud, que ensancha y multiplica el vínculo.

En esta época tan dura que nos ha tocado atravesar como pueblo, a veces voy a la Universidad Central a pasear solo. Siempre para hacer el mismo recorrido. Comienzo en la Biblioteca Central, en el vitral de Legér, me demoro para llegar al Pastor de Nubes, le digo “qué hermoso eres, hijo de la grandísima puta”, bajo por la cuesta de Tierra de Nadie, veo a los muchachos echados sobre la grama y, con una envidia y un orgullo demoníacos, me acuerdo de que ellos fui yo. Nunca he profesado el fervor del ucevista, ni antes ni ahora. Pero, unos minutos después, al alcanzar las puertas de la Facultad de Humanidades y entrever, a través del muro calado, la rampa hacia Letras, revive en mí el entusiasmo de cuando era estudiante y las suspicacias con respecto al futuro no lograban imponerse sobre la entereza y la sabrosura del presente.

Y pienso en Mafer, claro. En la formación que muchos recibimos y lleva su huella; en el *eros* de la mutua confianza, milagroso y solícito, de la educación; en la *paideia*, de la que Jaeger creía que podía ayudarnos a reconstruir el mundo... No “pienso” en nada de eso así, por supuesto, pero todo eso acude y al cabo me acompaña en la ruta de regreso.

... Luego hemos compartido tantas otras cosas, ¿no? Todas debidas al azar que mira hacia la vida, como dice mi maese del bosque. Ya no soy un *jeune homme*, mi profe, mi amiga querida, pero, si te hace feliz, podemos seguir haciendo como que sí. ☉

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

Pedagogías para el afecto

“María Fernanda Palacios no dejó de ser un arraigado referente, su intuición poderosa, su sabiduría pedagógica, su humanidad solidaria, su sabor y saber de las cosas del alma, su certeza acerca del valor de los afectos”

FRANCISCO “PANTO” SALAZAR

*Bedeckt mich mit Blumen,
ich sterbe vor Liebe
(Cubridme con flores,
que muero de amor)
Emanuel von Geibel*

Hugo Wolf compuso música para estos versos, un detalle de su ciclo *Spanische Lieder* (Canciones españolas), Dietrich Fischer-Diskau las grabó y María Fernanda les puso en luz para mi alma. De eso ya ha transcurrido algún tiempo y esa luz no se apagó, sigue encendida como los fuegos de Hestia, multiplicada se esparce en otras almas, porque el amor es así, una verdolaga. Pero María Fernanda también regaló sombras espléndidas, luces y sombras que ella regó por todo el camino real, y por los caminos aledaños, tangenciales, los rurales, las rutas menores del alma. Ella nos ha mostrado la posibilidad del “hacer alma” permitiendo que se inflame como el enorme pañuelo preñado de viento de un velero antiguo, y a admitir con humildad que en esa alma caben multitud de contrastantes claroscuros, desde las terribles angelidades de Rilke hasta los recónditos *Demonios* de Dostoievsky, desde la angustia irresoluta de la *Novena Sinfonía* de Schubert hasta los entusiasmos telúricos del cante jondo, desde la hermosura en los colores de Mercedes Pardo hasta los espejos, rincones y silencios de María Eugenia Alonso. Aprendimos a cazar imágenes como quien caza mariposas o peces abisales, todo, para la vida del alma y la virtud de los afectos. Y aquí intentaré hablar desde esos afectos, no pretendo ser dueño de las habilidades necesarias para discutir en la obra literaria de María Fernanda. Yo no tengo vanidad..., al menos esa. Es decir, estas palabras que quizás alguna ventolera se hará cargo de ellas, como le hubiera gustado decir a Scarlett O’Hara, son imaginación personal, de repente una atrevida declaración de amor y una manera de agradecer tanta generosidad.

El jazmín de Micomicona

*Yo vengo regando flores por todo el camino real,
regálame tus amores para venirte buscar*

Chupacaña rezaba así, como si desde el desarrimado coro percibiera los aromas del jazmín de Micomicona. Y es que un jazminero estrellado, en los decires de Rufino Blanco Fombona, imponía su garbo y dulzura desde las alturas del arco de entrada de la casa que habitaba Mafer junto a su familia, y contaba, arrebolada de amor, la poeta Merilú Sananes, que en sus épocas de estudiantes, María Fernanda solía vestirse de blanco y que al salir de casa arrancaba una estrella del jazmín que se arrebolaba en el pecho y ya pues..., uno no sabía quién era la flor, si la joven o la estrella. Memorias raptadas a la entrañable poeta y hechas propias. Y fue así que ya antes de comenzar a entrever los inabarcables misterios de la “imagen”, entreverados en las líneas de un *stencil* que la ya para entonces profesora Palacios nos facilitaba, y gracias al abrazo afectuoso de la profesora Sananes, sin saber sabiéndolo, nos iniciaban en la tarea infinita de lidiar con los contrapuntos a todas voces de la imagen. Y como escribe la propia María Fernanda, “...ese objeto abraza al sujeto que se le aproxima”, entonces nuestra irresponsable imaginación generó otras. ¿En cuál recodo de Tierra de Nadie espera agazapado algún Hades –mapanare dispuesto a morder el tobillo de esa Kore caraqueña? ¿Estaba ya la doncella criolla anunciando los preámbulos de su mitología? María Fernanda regando flores por el camino real que la conducía a la Universidad, la bienamada, la Central de Venezuela y a la Escuela, nuestra casa de sombras vencedora, bajo las miradas ultramundanas de Chupacaña y de Hugo Wolf. Machado les comentaría que “se hace camino al andar” y algún asomado como Hesíodo complementaría diciendo “oye...,



MARÍA FERNANDA PALACIOS, PARÍS (1968) / ARCHIVO FAMILIAR

ese hubiera podido ser un buen epígrafe para la *Odisea* del maestro Homero”, y todos celebrarían la ocurrencia mientras extasiados contemplaban el deambular perfumado de la muchacha-flor. Pero Micomicona y su jazmín también desplegaron encuentros difíciles de olvidar, el irregular salón aledaño acogió los primeros balbuceos de la Camerata, de la mano de Isabel, la *hermanaja*, y algunas veces, el padre, Gonzalo, solían dilatar sutilmente nuestra retirada para iniciarnos como un brujo en los misteriosos secretos del cante jondo, a ver si podíamos entender las diferencias entre los distintos “palos” del flamenco, o en mitad de un fiesta donde hacíamos un poco el ridículo intentando bailar sevillanas, hacía una entrada triunfal la madre, la Nena, quien como una imponente dama de Elche, tersada con un chal ibero auténtico, pedía espacio mientras decía, “a ver, así es como se baila una sevillana”. Allí también conocimos la presencia tutelar de la tía Diana y del tío Oscar, y qué no decir de unas gentes de antología que acompañaban y servían; en particular, guardamos especiales memorias de Margarita y sus insuperables buñuelos. Una humanidad entrañable, generosa, sabia, con disposición alegre de exprimirle el jugo a la vida.

Letras, la Escuela

Aterrizamos en Letras expelidos por el hastío y las convulsiones de la vecina Facultad de Ingeniería y en medio de los dolores de parto de la Renovación. Veníamos intoxicados de derivadas, integrales y ecuaciones diferenciales y de cabeza caímos en un círculo de gente que acomodados sobre la grama de la Tierra de Nadie, se pasaban felices un tabaquillo de marihuana mientras escuchaban extáticos las disertaciones no sé si de Cabrujas o del poeta Acevedo. Se trataba del llamado “semestre negro”, el primero dictado desde las ideas de la Renovación y que si mal no recuerdo, al final no fue reconocido oficialmente.

Caos, caos absoluto, Cabrujas dictaba un curso sobre teatro aristotélico, la profesora Rojas daba Lingüística y se mofaba con gracia infinita de la Renovación. Adriano González León nos embutió en un semestre toda la literatura concebida desde los simbolistas hasta Thomas Mann y Virginia Wolf, el poeta Acevedo trataba de convencernos del valor de la Poesía y los Poetas mientras dibujaba en el pizarrón una especie de amiba que para él era el alma. Mien-

tras tanto la UCV tremaba con su Renovación. Caos. Divino caos. Y creo que fue la contemplación con la quijada en el suelo de la amiba de Acevedo la que me convenció de quedarme y sucumbir al caos. Cuando medio comenzaba a entender nada, el sátrapa de turno allanó, disparó, apresó y cerró la Universidad. Duros tiempos de espera hasta que la Escuela reabre en una casa en Alta Florida, la facultad de Humanidades volvía a la vida, pero desmembrada, atomizada. Caos. El rumbo de la vida era más bien una rumba, pero a quién le importaba eso... La literatura se asomaba en un horizonte prometedor.

Finalmente se regresó a la Ciudad Universitaria y al entrañable pasillo de la Escuela. El caos comenzó a ceder. Y allí María Fernanda inaugura el primer curso de Necesidades Expresivas. Allí estaba todo el mundo, recuerdo particularmente la mirada hermosa e inteligente de Hanni. Las discusiones eran acaloradas, la misteriosa Área III estrenaba sus mejores ajuares. Cada encuentro era un reto emocional e intelectual, pero en el caos ahora se anidaba un cierto y particular orden. Y a partir de esos momentos la profesora María Fernanda Palacios no dejó de ser un arraigado referente, su intuición poderosa, su sabiduría pedagógica, su humanidad solidaria, su sabor y saber de las cosas del alma, su certeza acerca del valor de los afectos..., otro privilegio. Gracias a las virtudes

“
esa tarde entendí
que los afectos
pedagógicos
de María Fernanda
eran una
poderosa nave”

de esta mujer pudimos asomarnos al asombro de entender a Mann, a Dostoievski, a Rilke, para no nombrar solo a tres monumentos, y este ENTENDER con mayúsculas tiene un porqué, y no es otro que el de apreciar la literatura desde las guaridas de lo irracional, de nuevo priorizar el amarre riguroso de la imagen, y experimentar el hecho literario en las sensaciones incluso corporales, arriesgarse a sufrir la acrofobia ante los abismos del sentir y de los sentidos que la presencia de la imagen nos plantea. Guardo en la memoria de manera especial un curso sobre Rilke y Mallarmé. María Fernanda nos sugirió escoger a uno de estos poetas, y claro, desde la necedad juvenil nos decidimos por el que nadie quería, el francés, sin saber en lo que nos estábamos metiendo. La obra propuesta era el *Igitur*, una pieza teatral que al leerla entendimos de inmediato que lo que se nos venía encima era un fracaso rotundo. El pequeño ejemplar se nos incrustó debajo del brazo durante todo el semestre, lo leía y releía una y otra vez sin vislumbrar alguna luz, la maestra me recomendó no seguir buscando en la luz, “ninguna cordura soporta demasiada luz”, esa recomendación fue mágica. Al fin llegó el día para presentar un examen escrito, sumido ahora en otras sombras, resignado al fracaso total, casi en depresión, me senté en un pupitre abandonado en las afueras del auditorio de Humanidades, allí me dispuse a leer por última vez ese *Igitur* de los tormentos, bandadas de zancudos me picaban a su antojo, pero yo no los sentía, y de repente sin saber cómo, entendí todo, el dragón abrió las compuertas y dejó entrever sus misterios. Subí la rampa de la Escuela como un cohete, rogando que ese entendimiento no se desvaneciera y tomé la hoja del examen y vomité sobre ella todo lo que estaba inundando mi ser. Escribí sin pausas y no me atreví a releer lo que había escrito. Entregué la hoja y me fui a buscar dónde tomarme una cerveza..., al menos. La cerveza hizo su efecto y lo que surgió como la ola de un tsunami fue una enorme sensación de gratitud, esa tarde entendí que los afectos pedagógicos de María Fernanda eran una poderosa nave capaz de abrirse camino en medio de los más arremolinados huracanes. Aún hoy conservo esa hoja donde además están las observaciones de ella, un tesoro invaluable. Y ya..., medio siglo se ha consumido ligerito desde que estos sucesos tuvieron vida, y este escrito es un homenaje a María Fernanda, e inevitablemente es también un homenaje a su casa, la Escuela, y es que hace medio siglo nuestra Escuela fue un lugar de encuentro de seres importantísimos, y casi caigo en la tentación de hacer la lista, pero son muchos y no estamos para excesos..., otro privilegio más.

Tío Ványa

*Si quieres trabajar en tu arte,
trabaja en tu vida
Antón Chejov*

Hicimos un montaje de *Tío Ványa* de Chejov, tremenda experiencia. Mucha gente vino a vernos y eso fue muy satisfactorio. Incluso algunos volvieron y eso también fue satisfactorio además de sorprendente. Pero fue María Fernanda a quien tuvimos con nosotros muchas funciones, algunas más que Jaime, o sea más que a nadie. No puedo imaginar mayor premio o satisfacción. Eso también fue un acto de amor, el tono emocional y el entusiasmo que supo transmitirnos era un regalo divino. Sí, porque Dionisos es dios en nosotros, el dios del teatro y Dionisos es emoción y es entusiasmo. Gracias a ello pudimos intuir que había algo vivo, interesante en ese homenaje a Chejov. Y Mafer nos lo corrobora. Cuando nos ponemos a dirigir una pieza teatral y tratamos de ser honestos, muchas veces lamentamos la ausencia de alguien que nos dirija a su vez. ¿Cómo saber realmente si lo que estamos procurando se hizo realidad? ¿Cómo lidiar en soledad con las inseguridades? En *Tío Ványa* hay un paisaje que contiene los segundos y terceros planos de la historia. Ese paisaje es agreste, una suerte de arcadia rusa, y está poblado de *daimones*, en particular ese que Chejov llama “el espíritu del Bosque”. De forma intuitiva sospechábamos que la epifanía de dicho “espíritu” nos daría la certeza de que las cosas iban por el camino necesario. Pero sabíamos que esa epifanía no podía hacerse técnicamente, utilizando algún recurso teatral, no se trataba de utilizar ningún *Deus est machina* para “hacer como que...”. Que el *daimon* apareciera ya no dependía de nosotros, ya era cosa de él. Un tormento... Pero creo que fue en la última función cuando María Fernanda nos dijo casi en secreto que había visto la aparición del “espíritu del Bosque” sin haber hablado de eso con anterioridad. Ella fue en ese momento la dirección que necesitábamos. No importa que haya sucedido en la última presentación, después de eso ya casi nada más importaba. Estamos hablando de un verdadero tesoro, algo así como el tesoro de Alí Babá, tesoro hermético y que toca mantenerlo escondido, en secreto.

(Continúa en la página 7)

HOMENAJE >> MARÍA FERNANDA PALACIOS, 26 DE OCTUBRE DE 1945

Tentativas para una pedagogía del abrazo

EDUARDO ELECHIGUERRA R.

*En el fondo, uno no enseña nada,
uno no sabe nada...*

Lo que enseña es lo que está ocurriendo allí...

MFP entrevistada por Milagros Socorro,
2020.

Esas cartas, personalizadas, se detenían en los peligros y riesgos puntuales de lectura que cada estudiante debía buscar resolver o con los que, tal vez, debía aprender a vivir (como con una pareja necia o neurótica al extremo a la que, sin embargo, amamos); prejuicios por torear, fantasmas con los cuales negociar, sombras con las que había que empezar a lidiar...

Roberto Martínez-Bachrich

Hace dieciséis años, Antonio y yo, un par de *groupis*, escapamos de Caracas a Valencia en autobús para el evento inaugural de la FILUC. Podría decir, a modo de contexto, que yo era un estudiante y tutorado de la profe, y que Toni era nieto de Ana di Sabato de Polito, profesora a su vez de la homenajeada en esta edición del *Papel Literario*. Tales formalidades le hacen poca justicia a lo tanto que nos vincula con *la profe de los lentes de sol*.

A la mañana siguiente asistimos al “Elogio a la lectura” escrito e interpretado por Palacios, la pregonera de aquella edición. Olvidé sus palabras invocadas en aquella sala iluminada, mas la pérdida que tal imprecisión me hace sentir se anula con las sensaciones puestas en escena. Al salir quedamos como muchos luego de sus clases, conversaciones y escritos.

Luego, al reencontrarnos entre los pasillos de la feria, los tres nos abrazamos. Aquellos mi-



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ©VASCO SZINETAR

nutos donde nuestros cuerpos se agitaron cómplices, refrescan el júbilo de aprender. Gracias a sus reflexiones y a través de sus seminarios, ella atiza vías para conocer nuestra intimidad. Digo gracias y a través buscando la efusión de un instante con recuerdos y olvidos. Desde entonces este abrazo sostiene las afectuosas enseñanzas de María Fernanda Palacios.

Porque sí, cada tanto es oportuno investigar la historia de nuestras palabras, primeros ins-

trumentos natos. De todas maneras, de todas las imaginables, lo invocado entre salones y pasillos de Letras persiste en nuestra curiosidad fuera de aquellas paredes y puertas. Con sus imágenes, entonaciones y gestualidades, las atmósferas con Mafer invitan a saltar el muro blanco, a mantener el mano a mano con nuestras pasiones. Y así, ojalá, conseguir métodos para huir de cualquier entumecimiento que nos aleje de quienes somos allí, en el fondo. ●

Memento

MARÍA TERESA MARTÍ

Mi querida María Fernanda (tantas veces llamándote *Mafer* para sentirte más cerca), si supieras qué sentimiento exultante me llega desde siempre, nada más asoman tu voz, tu sonrisa y tus palabras... De recordar la merced de ver tus manos como palomas alzando el vuelo, especialmente sobre García Lorca. Tengo para mí que la gracia, el duende, la tragedia de los gitanos tan presentes en el poeta te poseyeron y se hicieron de tu carne y de tu sangre. No me lo explico de otro modo.

En mi vida he tenido varios flechazos del travieso Eros, que lo pintan con los ojos vendados para que lo creamos ciego. Pero no es cierto. Cuando quiere –bendito querer– afina la mirada y da en la diana de nuestro corazón. Así sucedió una tarde en clase cuando, hablándonos de García Lorca y el flamenco, nos trajiste un *cassette* de Tía Anica La Piriñaca, aquella gitana que cuando cantaba a gusto, la boca le sabía a sangre. Allí se instaló Eros y de inmediato supe cuál sería mi tesis de Letras, con la ilusión de que fueras mi tutora si la aceptabas. Cuando te lo pedí, se te iluminó el rostro y sentí que nos iba a unir para siempre esa emoción de aquellos lamentos gitanos que, al oírlos, nos horrorizan el vello de los brazos, al decir de Félix Grande.

Me falta espacio para hablarte de mi agradecimiento y del valor de tu presencia en nuestra Escuela de Letras. Sin embargo, la imagen que perdura y perdurará es la de que tus alumnos tuvimos el honor y la fortuna de contar con un verdadero maestro, con las cualidades y el saber de un hombre del Renacimiento que nació con el privilegio de ser mujer. ●

Pedagogías para el afecto

(Viene de la página 6)

Hablar de la banalidad y egotismo imperante en el teatro de hoy en día, se ha convertido ya en un lugar común. Deberíamos regresar a una suerte de teatro de las catacumbas, dijo alguna vez Eugenio Barba. Tratar de mantenernos ahí, ni siquiera en el bajo perfil, sino en el no perfil, es una ardua tarea y eso lo aprendimos en la Escuela de Letras de hace 50 años, en su Área III y también en las tutorías de la profesora María Fernanda, y en las cercanías afectivas de Mafer. Y mantenernos allí, pero también atentos a que el trabajo no deje ni un solo momento de ser “interesante”, también lo entendimos desde su ejemplo de vida. Peter Brook culmina en el último capítulo de su libro *Más allá del espacio vacío* hablando de la necesidad del “interés” en el teatro. Habla de la atracción de hoy en día por lo “no interesante” y se plantea el asunto de cuáles podrían ser las motivaciones que hacen que “tanta gente en el teatro aplauda con tanta frecuencia y tan entusiastamente algo que en realidad no les interesa en absoluto”. Pienso que en el mundo de la literatura pasa algo similar y habría que revisar si no en los otros mundos del arte y la cultura.

Para ir concluyendo me permito ofrecer los párrafos iniciales de aquel capítulo de su libro que Brook titula “Y así continúa la historia...”. Escribe Brook en el mejor estilo borgiano:

“Dios, al ver cómo se aburrían todos desesperadamente en el séptimo día de la creación, exprimí otra vez su extraordinaria imaginación para dar con algo más que agregar a la totalidad de lo que acababa de concebir. De repente, su inspiración avanzó aún más allá de sus ilimitados alcances, y le hizo ver otro aspecto de la realidad: su posibilidad de imitarse a sí misma. Y entonces Dios inventó el teatro. Llamó a sus ángeles e hizo el anuncio en los siguientes términos, que todavía pueden leerse en un antiguo escrito sánscrito: ‘El teatro será el lugar donde los hombres aprenderán a entender los sagrados misterios del universo. Y al mismo tiempo –agregó con tono engañosamente casual– servirá de alivio a los ebrios y a los solitarios’”.

En estos tiempos tan particulares del alma en retirada, vivimos como invaluable las experiencias y memorias de esas grandiosas historias pequeñas que de la mano de hacedores de alma como María Fernanda tuvimos el enorme privilegio de compartir. ●

Para aprender a leer



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ©ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA

RICARDO RAMÍREZ REQUENA

Mi primera clase en la Escuela de Letras fue con María Fernanda Palacios. Trabajaba en Farmahorro y salía a las 4:30 pm desde El Cafetal. Corría a tomar el Metrobús hasta Los Cortijos y de ahí Línea 1 del Metro hasta Plaza Venezuela. Transferencia a línea 3 (que en el tiempo pasó a ser línea 4) y llegada a Ciudad Universitaria. La clase era a las 5:30 pm, hasta pasadas las 7 pm. Veíamos Literatura y Vida, materia central del departamento del mismo nombre.

Nunca había escuchado a alguien con esa capacidad de transmitir un saber con tanta calma, pasión y afán pedagógico. Leeríamos la *Odisea*, de Homero. Mi experiencia con la literatura griega en bachillerato fue un rotundo fracaso, y esperaba lo peor. Conseguí una edición de Bruguera en prosa y emprendí el viaje de leer acompañado. Leer en compañía.

Con María Fernanda aprendí lo que es recorrer con atención una obra literaria, capítulo a capítulo. Entrábamos callados y salíamos bulluciosos. En el tiempo, he entendido que nuestra sorpresa era simple: estábamos aprendiendo

a leer. Ya no a tropicónes, torpes, llenos solo de adrenalina, buscando respuestas a nuestro querer saberlo todo, sino con atención, paladeando, explorando con detalle cada contexto, personaje, y entendiendo que antes, realmente, nada sabíamos.

Recuerdo los materiales de apoyo, los ensayos, los capítulos de libros de especialistas. Otros poemas, acercamientos a la experiencia de Ulises y su regreso a Ítaca. Kavafis, por supuesto. Cernuda. Encontré un día en el periódico un poema de Saúl Yurkiévich. Me recordaba lo que leíamos, nuestra experiencia de Homero. Me acerqué un día a María Fernanda, le di el poema fotocopiado para que lo leyera. Me dijo que ella quería leer lo que yo tenía que decir sobre ese poema.

Gracias a ella escribí mi primer ensayo breve. Las clases de María Fernanda siempre han sido viajes largos y profundos. Sus clases eran seminarios densos, donde leíamos muchas obras de los autores, comparando, preparando exposiciones, acercamientos, a partir de un personaje, una frase, un párrafo que nos decía todo y que debíamos expresar, que debíamos dejar que nos envolviera.

Nunca he vuelto a ver clases como las de María Fernanda.

La experiencia de la Escuela de Letras es iniciática. En ella, aprendí realmente a leer una obra literaria y es uno de los regalos más preciosos que me han sido dados. De eso se tratan los estudios de pregrado en literatura: aprender a leer bien, a profundidad. Luego, vendrán los años de especializarnos. Pero primero debemos saber leer bien.

Puedo decir que es una experiencia desde el amor por las palabras, de lo inagotable que pueden ser las obras literarias.

María Fernanda Palacios probablemente sea la maestra más inolvidable de la Escuela de Letras. Uno no sale indemne de sus cursos. Sale transformado.

Su capacidad hipnótica, su hermosa voz, su inmenso saber, nos llegaba como oleadas, llevándonos a nuevas orillas.

En esa clase de Literatura y Vida sobre *Odisea*, entendí de qué habla Susan Sontag cuando reclama defender el honor de la literatura.

Nunca he vuelto a vivir algo así. Desde esa orilla a donde me llevó María Fernanda, ahora, en mis casi 50 años, puedo decir que en mí solo hay agradecimiento. ●

Publicada el 4 de noviembre de 1943 —cuando **El Nacional** tenía solo tres meses circulando—, Miguel Otero Silva le hizo una breve entrevista a Rómulo Gallegos, quien cinco años después sería electo presidente de la República. El texto incluye preguntas formuladas por el escritor Guillermo Meneses

MIGUEL OTERO SILVA

En el Centro Venezolano Americano vienen celebrándose actos culturales denominados “Páginas Literarias Vivas”, en los cuales se insertan entrevistas efectuadas a viva voz ante la presencia del público. El entrevistado de turno se coloca en el escenario para que uno de los redactores de la “Página Viva” lo acribille a preguntas y, al final, los espectadores participan también en el interrogatorio. Se trata de un procedimiento ameno y novísimo en este país. Pero cuando el entrevistado es Rómulo Gallegos y contesta las preguntas que se le formularon antenoche, el acto es, además de ameno y nuevo, un reportaje extraordinariamente interesante.

Rómulo Gallegos refirió anécdotas de su vida, confesó el secreto de su técnica novelística, habló de su iniciación en la literatura, opinó sobre su propia obra. Y esas declaraciones de nuestro máximo novelista, formuladas para responder las preguntas de Guillermo Meneses y del auditorio, constituyen datos preciosos de la vida y la labor de Gallegos, desconocidos hasta hoy por la casi totalidad de sus lectores.

—¿Por qué es usted novelista? —comenzó el redactor de la “Página Viva”.

—Soy novelista porque no pude ser escultor —respondió Gallegos, sin meditar mucho acerca de tan complicada interrogación—. Estando yo chico y siendo habitante de un hogar pobre como era el mío, llegué una Nochebuena con juguetes para los niños de mi amistad. Y como yo no los obtuve del cielo, decidí lograrlos por mi propia iniciativa, moldeando en barro unos burritos y utilizando fósforos de madera para dotarlos de patas y orejas. Pero tan desairado resultó el primer burrito que escogí la novela por parecerme un camino más fácil.

Después de la entrevista Rómulo Gallegos nos amplió en los corredores esa declaración. Nos dijo que lo de los burritos no había sido un simple capricho infantil sino una auténtica inclinación a la escultura que se estrelló ante su carencia de facultades. Luego se enrumió hacia la pintura con idéntico resultado lamentable. Y más tarde creyó encontrarse en la música, preferentemente en el canto, llegando a tomar en serio su voz de barítono y ofreciendo algunos conciertos en veladas familiares. Con Enrique Soublette al piano cantó el “Prólogo” de *Payasos* en más de una fiesta íntima de la época.

—Pero tampoco tuve éxito en ese camino artístico y me vi obligado a refugiarme en la literatura. Era mi destino.

Afortunadamente, pensamos nosotros. Hay que ver la tragedia que significaría para Venezuela tener que cambiar a *Doña Bárbara* por una buena interpretación de *Rigoletto*.

—¿Sabía usted que terminaría escribiendo novelas cuando hacía cuentos y teatro? —le preguntó Meneses.

—Cuando escribía cuentos presentaba ya que terminaría en novelista y así me lo decían quienes mis cuentos

MEMORIA >> MIGUEL OTERO SILVA (1908-1985)

“Gallegos es novelista porque no pudo ser escultor”



MIGUEL OTERO SILVA / ARCHIVO EL NACIONAL

leían. El teatro sí lo veía como actitud definitiva y me gustaba intensamente pero cuando me convencí de que el teatro en Venezuela se queda en el autor, me pasé para siempre al campo de la novela.

La pregunta siguiente que se le hace a Gallegos es una que a todos sus lectores nos ha revoloteado alguna vez en la mente.

—¿Cómo hace Rómulo para escribir sus libros? ¿Qué técnica sigue? ¿Piensa primero el argumento y luego se pone a trabajar sobre ese plano ya trazado? ¿O elabora primero la psicología de los personajes y luego los empuja a actuar en la vida?

—No tengo regla fija —respondió Gallegos cuando Guillermo Meneses le formuló esa pregunta fundamental—. El único proceso que me he trazado es el de situar en mis novelas todas las regiones de Venezuela y tratar de interpretarlas. De esa

manera cuando resuelvo escribir un libro, lo primero que hago es ir a una de esas regiones y observar el paisaje y los hombres. La trama se me ocurre después.

Y para ilustrar lo que nos dice, Rómulo Gallegos nos habló del proceso de creación en *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*, sus dos libros más notables.

—Fui al llano por unos días y al enfrentarme al llano empezaron a surgir asuntos. Un señor Rodríguez de San Fernando me habló de una muchacha llanera dueña de un hato, un poco bruja, que medía el dinero en escudillas como lentejas y no lo contaba como los demás mortales. Y al referirme también la historia de un abogado caraqueño a quien la llanera bruja había (convertido) en apenas una sombra tendida en un chinchorro con una botella de aguardiente a la mano. Ambos personajes me sirvieron de pieza fundamental para

construir la novela.

—¿Y los otros?

—Solamente Santos Luzardo y Marisela son exhaustivamente nacidos de mi fantasía. Los demás existieron en la vida real. María Nieves todavía existe y hasta lleva ese mismo nombre. Me cuentan que le han leído capítulos de la novela donde aparece. Y que, cuando se emborracha y los vecinos del pueblo lo molestan o le dicen frases despectivas él responde orgullosamente: “Yo no sé, pero estoy en *Doña Bárbara*...”.

—Se ha dicho con frecuencia que sus personajes son simbólicos. ¿Los piensa usted como símbolos? ¿Sintetizan problemas venezolanos? ¿Qué significa *Doña Bárbara*?

—No pienso mis personajes como símbolos. Los saco de la realidad cuando el sujeto que encarnan es proyectable sobre la realidad venezolana. Las cosas y los seres que no tienen proyección sobre la realidad venezolana no me interesan para mi obra. *Doña Bárbara* es la llanura y es también la codicia de los gamonales o la voracidad de los caudillos, si como símbolo queremos verla, pero es al mismo tiempo una persona real que existió en el llano.

—¿Es cierto que usted no estuvo sino diez días en el llano antes de escribir *Doña Bárbara*?

—Es cierto aunque casi nadie me lo crea. Todos se imaginan que nací por esos lados o que, al menos, allí ha transcurrido la mitad de mi vida. A ese respecto puedo referirles una anécdota. Recién publicada *Doña Bárbara* estaba yo una tarde en los toros y observé a un espectador viendo que me miraba fijamente. Pensé que terminaría por hablarme, como en efecto lo hizo para decirme: “Usted es Rómulo Gallegos. Quería conocerlo pero como no veo por aquí ningún amigo que me presente, le ruego que me excuse esta presentación espontánea. Sucede que soy llanero y el libro me entusiasmó y quiero hacerle un homenaje en mi hato que queda por San Juan de Los Morros. Lo invito a que vaya usted el domingo. Le mato una ternera y pondremos un joropo. Y, además, le tengo un caballo calmo para usted”. Un caballo no, una fiera. Aquel amigo me imaginaba domador.

Y Rómulo hilvana la anécdota con una aún más interesante. Poco tiempo después de sucedido lo anterior, charlaba Gallegos con un amigo suyo a quien suponía hombre práctico (y le relató) lo que le había acontecido con el llanero que le tomó por domador. Y su amigo le preguntó: “¿Y es cierto que tú nunca has sido domador, Rómulo?”. “Jamás”. “Eso te imaginas tú. No has sido domador en esta encarnación, pero seguramente lo fuiste en una anterior. Has debido aceptar la invitación del llanero”. Pero Gallegos, dándose cuenta de que estaba hablando con un bromista, lo atajó de esta manera: “Es posible que haya sido domador en otra encarnación y es posible también que esa encarnación la perdiera a causa de una caída de un caballo. Pero lo que es esta, amigo mío, lo que es esta no la pierdo así”.

Regresamos a la “Página Viva”. En este momento Meneses le pregunta a Rómulo Gallegos:

—¿Cuál de sus novelas le parece la mejor lograda?

Rómulo no duda un instante: —*Cantaclaro*. Ya sé que *Doña Bárbara* es la más famosa y la que me ha dado a conocer en el mundo. Pero yo considero a *Cantaclaro* de más calidad y de más profunda intención. Más aún, cuando me oigo mentar “el autor de *Doña Bárbara*”, creo que se comete una injusticia con *Cantaclaro*.

Meneses formula la última pregunta:

—¿Y qué opina de *Sobre la misma tierra*?

Se trata de la última novela de Gallegos, la cual se está editando en estos momentos. Rómulo responde:

—Mi opinión no vale gran cosa. Cuando estoy escribiendo mis libros me parecen magníficos. Cuando los están editando me parecen detestables. Y cuando los público, no vuelvo a leerlos.

E inmediatamente, demostrando con ello que esta última pregunta no la había respondido con toda la sinceridad requerida, el autor de *Cantaclaro* nos leyó con voz emocionada un hermoso capítulo de *Sobre la misma tierra*, novela que se está editando y que nada tiene, para él ni para nadie, de “detestable”. ●



RÓMULO GALLEGOS / ARCHIVO

MEMORIA >> MIGUEL OTERO SILVA (1908-1985)

Presidente Betancourt: partidario de que la coalición continúe y se amplíe

Entrevista publicada el 21 de febrero de 1963, Rómulo Betancourt era entonces el presidente de la República en ejercicio

MIGUEL OTERO SILVA

—Betancourt es el político más capaz, más patriota, más valiente, más honrado y más progresista de toda nuestra historia!

—¡Mentira! ¡Betancourt es un sectario, un pésimo administrador, un agente del imperialismo, un malvado, un hombre funesto para el país!

—¡Falso! ¡El pueblo entero está a su lado, y el pueblo nunca se equivoca!

—¡Patrañas! ¡El pueblo lo odia!

—¡Para los campesinos es un ídolo!

—¡Los estudiantes lo aborrecen!

—¡Yo no reconozco otro líder sino Betancourt!

—¡Yo detesto a Betancourt!

—¡Viva mil veces Betancourt!

—¡Muera por siempre Betancourt!

En ese contrapunteo hemos pasado más de un cuarto de siglo. Al poner manos a la obra de enjuiciar a Betancourt, los venezolanos no admiten buenos oficios ni términos medios. Unos lo repudian con rencorosa acrimonia:

—¡Betancourt es un bandido!

Otros dan la vida, si llega el caso, en resguardo de su prestigio:

—¡Betancourt es un gran hombre!

Y si (a) algún espíritu cartesiano se le ocurriera aplicar en esta emergencia el método de la duda universal para enrumbarse por el viaducto del análisis:

—Yo opino que Betancourt como político presenta sus aspectos positivos y sus aspectos negativos...

Bueno. A ese lo linchan entre todos los otros. El periodista conoció a Rómulo Betancourt en los bancos de la escuela, allá por el año no sé cuántos. El profesor de gramática castellana, un caballero extravagante de apellido Montenegro, hacía esfuerzos inútiles por lograr que alguno de sus discípulos le hablara del superlativo.

—Usted, Quintana —Quintana no sabía.

—Usted, Valdivieso —Valdivieso tampoco sabía.

—Usted, Juliac —Juliac miraba hacia las vetustas vigas del techo.

De improviso se levantaba Betancourt de su pupitre y se lanzaba a recitar de memoria y sin tornar aliento:

—“Los aumentativos de más uso, y los que tienen más cabida en el estilo elevado, son los llamados superlativos que generalmente terminan en ísimo, ísima; corno grandísimo (de grande), blanquísimo (de blanco), utilísimo (de útil)...”

El profesor Montenegro, que era un poquito chiflado, la verdad sea dicha, descendía de su tarima y se volcaba en estentóreos gritos de entusiasmo:

—¡Pícalo, gallo! ¡Pícalo, gallo!

Un rato más tarde, al concluir las clases, nos cruzábamos en el patio con pilares del viejo Liceo, las mismas preguntas que se cruzan los párvulos de todas las generaciones:

—¿Qué piensas ser tú cuando crezcas?

—Yo, ingeniero.

—Yo capitán de buque.

—Yo, torero.

Betancourt (el periodista cree recordarlo no obstante cuanto ha llovido desde entonces, aunque también es posible que la imaginación haya puesto una migaja de su parte), Betancourt respondía:

—Yo, presidente de la República.

Y apenas tenía doce años. Colmó sus precoces aspiraciones en 1958, elegido



RÓMULO BETANCOURT / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA



FIDEL CASTRO, RÓMULO BETANCOURT Y FRANCISCO PÍVAL / ARCHIVO

por el voto mayoritario del pueblo venezolano (ya las había satisfecho antes a medias, o a quintas, en 1945, por la vía no tan doctrinaria del golpe de Estado), y ahí lo tenemos en el solio presidencial. De acuerdo con la teoría de las probabilidades, no se le concedía ninguna de finalizar su período, sino todas de salir con las tablas en la cabeza, a semejanza del cien por ciento de los presidentes emanados de consulta pública en el curso de nuestra historia. Los logros de los apostadores eran francamente adversos al cumplimiento de su mandato:

—¡Voy dos cajas de whisky a que no llega al 61!

—¡Quinientos bolívares contra cien a que no llega al 63!

Llegó al 61 y llegó al 63. Justamente el día en que cumplía cuatro años de gobierno constitucional, se acercó el periodista a Miraflores en solicitud de este foro. Y justamente fue ese el tema inicial de nuestra charla.

—¿Cómo están las apuestas a que termino el período? —preguntó el presidente.

—A la par, presidente, y no hay quien coja —respondió el periodista.

Sonrió complacido el presidente, aunque el periodista no se lo dijo con el ánimo de halagarlo, sino por elemental honestidad de jugador bien informado.

—Al cumplir cuatro años de gobierno y hacer balance del trecho andado, ¿cuál le parece a usted el hecho más positivo o significativo de su gobierno?

—Considero lo más significativo la circunstancia misma que habíamos comenzado a conversar medio en broma: que el gobierno constitucional haya durado cuatro años y no se especule ya en torno a cuánto va a prolongarse su vida, sino que exista una conciencia pública, a pesar de todas las dificultades y problemas, según la cual no solamente se terminará este período sino que también se iniciará constitucionalmente el próximo.

—Y entre las realizaciones materiales, ¿cuál señalaría usted en primer término?

—Nuestro esfuerzo por la creación de un país transitable y habitable. Para dar un solo ejemplo señalaré las vías de comunicación. Es (posible) poder hacer un recorrido, en los primeros meses del año próximo, desde los límites con Colombia en el Zulia, hasta Güiría, sin salirme de carreteras pavimentadas, inaugurando al pasar la autopista Tejerías-Coche y la carretera Cumaná-Güiría.

“

El periodista conoció a Rómulo Betancourt en los bancos de la escuela”

—Y a la hora de hacerse una autocrítica, ¿cuál señalaría usted como falla más lamentable durante sus cuatro años de gobierno?

—Creo que se siguió en el año 1960 una política fiscal inadecuada, lo cual determinó que la recesión económica sufrida en esa época adquiriera mayor profundidad e intensidad. Pero —y aquí reside una de las ventajas del régimen democrático—, se oyó la opinión pública, se vio que era necesario rectificar los rumbos, y los rumbos fueron rectificadas. Hubo que adoptar medidas, que no tengo inconveniente en calificar de impopulares fueron, lo recuerdo bien, la rebaja de sueldos a empleados públicos, el aumento del impuesto a la gasolina, el aumento del impuesto sobre la renta, el aumento del impuesto sobre sucesiones, y el despido de personal suplementario no necesitado en los ministerios e institutos autónomos.

—En la calle se comenta...

—Espérate un momentito. Siguiendo con tu pregunta anterior, diría que se ha podido hacer más en estos cuatro años. Pero existen dos factores que deben tomarse en cuenta. El primero: que cuando nosotros llegamos al gobierno en 1959 no existían planes ni proyectos (me decía alguna vez Eugenio Mendoza que lo único que pudo iniciar la Junta Provisional de Gobierno fue El Pulpo porque era lo único que estaba proyectado). El segundo: que la maquinaria administrativa de Venezuela es un mamotreto oxidado, mohoso, y el problema consiste en adiestrar equipos humanos y crear normas administrativas nuevas para conseguir un mejor funcionamiento del aparato del Estado. Se ha avanzado en ese sen-

tido. Hay una Comisión de Administración Pública, pero lo que se ha hecho hasta ahora no es suficiente.

—En la calle se especula y se discute con respecto a la política petrolera del gobierno. Hay quienes dicen, inclusive, que usted no aprueba totalmente la política de no concesiones del Ministro de Minas Pérez Alfonzo. ¿Es cierto eso?

—En absoluto. Esa política de no concesiones la he sostenido, no solamente en mensajes presentados al Congreso, sino que la defiendo en un libro mío escrito en el exilio y titulado *Venezuela, política y petróleo*. Por otra parte, esa política fue aplicada durante mi gobierno de 1945 a 1948. Debo añadirte que esa política de no concesiones tiene que presentar una alternativa para que continúen las explotaciones y para asegurar un caudal de reservas probadas suficiente. Tal alternativa son los contratos de servicio, sistema que se ha establecido en varios otros países. La Corporación Venezolana de Fomento ha venido discutiendo con algunas compañías el otorgamiento de concesiones de servicio y yo aspiro a que en el curso de este año cristalicen algunas de esas negociaciones. La política de no concesiones, en resumen, sería una política fundamentalmente negativa si no se complementara con un sistema nuevo, distinto a la de la concesión, que permita la continuidad del desarrollo de la riqueza petrolera del país.

—Si me lo permite, presidente, le hablo sobre política interna. ¿A qué atribuye usted la quiebra del Pacto de Punto Fijo?

—Explíqueme públicamente en aquella oportunidad que se habían presentado divergencias de fondo entre el Directorio de Unión Republicana Democrática y yo, en relación con la política exterior —específicamente la política adoptada con relación al régimen cubano—, como también con respecto al orden público. Sostenía y sostengo que el primer deber de un gobierno es el de garantizar la paz pública y que, si salen amotinados a la calle a atentar contra esa paz, tienen que encontrarse con guardianes del orden. Ahora bien, independientemente de esa ruptura, lo importante es que en Venezuela haya podido funcionar primeramente una coalición a tres partidos, y en la actualidad una coalición a dos, es decir, un sistema de colaboración de partidos políticos en la gestión de gobierno. Con muy pocas excepciones, en el mundo occidental están gobernando actualmente coaliciones de partidos. Solo en los países totalitarios, y otros que sin serlo tienen una fisonomía especial, gobierna un solo partido.

Periodista: —Ese de la fisonomía especial debe ser México (para su colete).

—¿Quieres café?

—Sí. Gracias —El presidente se levanta y ordena traer café—. ¿Se puede preguntar sobre Cuba?

—¿Por qué no? (Regresando a la silla).

—En relación con el problema de Cuba existen dos posiciones entre los gobiernos latinoamericanos: una, la adoptada por México, Brasil y Chile,

los cuales sostienen a ultranza el principio de no intervención, y otra mantenida por el resto de los países, los cuales consideran el régimen de Cuba tan peligroso para la seguridad del hemisferio que llegan a juzgar necesaria una revisión del principio de no intervención. ¿Puede usted decirme por qué motivo Venezuela se ha alineado al lado de estos últimos y no de los tres primeros? (Se quita los anteojos y los limpia meticulosamente, piensa por vez primera un par de minutos antes de responder una pregunta del periodista y luego dice sus palabras con mucha calma, mencionando los signos de puntuación, como si le dictara a un mecanógrafo):

—Ese problema requeriría un análisis extenso. En realidad, las relaciones de mi gobierno con el gobierno de Cuba comenzaron a deteriorarse a causa de una actitud francamente intervencionista por parte de aquel gobierno en las cuestiones venezolanas. Hay que recordar que el entonces canciller, doctor Ignacio Luis Arcaya, envió una nota de protesta al gobierno cubano cuando el señor Ernesto Guevara dijo públicamente que los gobernantes venezolanos deberían ir a La Habana a recibir orientaciones. Posteriormente, el gobierno de Venezuela negó visas de entrada al mismo señor Guevara y al señor Raúl Castro, quienes habían sido anunciados como oradores en un mitin organizado por el Partido Comunista en la Plaza de El Silencio para conmemorar el aniversario de la Revolución rusa. En cuanto a la ruptura de relaciones entre los gobiernos de Venezuela y Cuba se produjo, como es bien conocido, cuando el canciller Roa me imputó que mi gobierno actuaba de acuerdo con instrucciones recibidas del Departamento de Estado Norteamericano, falsedad e injuria intolerables. Debo agregar, como hecho evidente que no necesita mayor argumentación porque está en la memoria de todos los venezolanos, la forma como los sectores políticos amigos en Venezuela del régimen del señor Fidel Castro han acudido a todos los medios ilegales imaginables para desarticular nuestra economía y derrocar al régimen constitucional. Seguramente porque producimos petróleo y no bananas. Venezuela ha venido a ser uno de los objetivos de la guerra fría, y es desde La Habana de donde vienen las consignas y los estímulos insurreccionales para la extrema izquierda del país. Por último, en la reciente crisis de junio de 1962 se puso en evidencia cómo Cuba se había convertido en base de armas nucleares recibidas de la Unión Soviética. Venezuela, expuesta a que sus zonas petrolíferas fueran destruidas por esas armas atómicas, adoptó a través de su gobierno la posición que consideró defensiva para el país y ajustada a los textos normativos de la Organización de Estados Americanos. No hemos ocultado nunca que el gobierno de Venezuela está alineado con los países del continente que consideran el régimen existente en Cuba como factor de perturbación para América.

(Continúa en la página 10)

Presidente Betancourt: partidario de que la coalición continúe y se amplíe

(Viene de la página 9)

—Usted tiene fama continental de político habilidoso, presidente. Sin embargo, hubo una actuación suya que no fue juzgada en el exterior como a la altura de su habilidad. Me refiero al problema originado al partido Acción Democrática y al gobierno mismo con motivo de la separación de otra Acción Democrática denominada ARS. Los comentaristas europeos y me refiero a ellos porque yo me encontraba en Europa para ese entonces, no se explicaban cómo un jefe de Estado que estaba a punto de perder la mayoría en la Cámara de Diputados e incluso veía amenazada su mayoría en el Congreso, no hacía toda clase de sacrificios, no agotaba todos sus recursos para impedir que eso sucediera, no lograba que eso no sucediera. ¿Quiere decirme algo a ese respecto?

—Mucha gente cultiva la creencia de que un jefe de partido que llega a la Presidencia de la República continúa en condiciones de seguir ejerciendo el mismo control interno del partido que ejercía cuando estaba en la calle. Para ser un verdadero presidente de la República hay que serlo a tiempo completo, tarea que incapacita para atender a los problemas del partido del cual se forma parte. Yo sí hice esfuerzos por mantener la unidad del partido cuando se presentó la disidencia de Puente República, y unos y otros lo saben. Posición muy distinta a la que asumí en el caso del MIR, cuando fui partidario de excluirlos de la organización, pues por su ideología se veía clara mente que eran compañeros de ruta de los comunistas infiltrados en las filas de Acción Democrática. Pero en el caso de Puente República intenté defender a toda costa la unidad del partido, insisto. Te ruego que destaque en tu entrevista lo que te dije al principio: o se está gobernando, o se está militando en el partido. Si se está gobernando, los problemas se ahondan en nuestra ausencia y solo se conocen realmente cuando ya están en su fase crítica, cuando las posiciones conciliatorias se estrellan frente a situaciones ya cumplidas.

—Usted fue un aventajado estudiante de Derecho, un escritor político de condiciones, cambió luego ambas facultades por la política y llegó a ser presidente de la República. ¿En ningún momento siente la nostalgia de haber sido abogado o escritor en vez de político y presidente?

—Nunca. Es cierto que llegué a escribir algunos cuentos en mi juventud, pero mi vocación esencial era la política. Y en cuanto al Derecho, tampoco me atrajo definitivamente. Tenía una concepción romántica de la abogacía y no la concebía sino como instrumento para defender causas justas. “El hombre es un animal político”, como dijo un filósofo.

—Aristóteles, Maquiavelo o Juan Jacobo Rousseau. Los tres lo dijeron.

—Pero Aristóteles lo dijo primero. Y yo no he escapado a esa inclinación humana fundamental que es, por otra parte, mi manera de servir al país donde nací. Debo decirte, sin embargo, que no he perdido mi contacto con la literatura, al menos como lector, y me interesan todos los libros de creación que se publican en Venezuela, como también leo constantemente en inglés y francés sobre los temas más diversos.

—¿Y cuál escritor político o filósofo ha ejercido mayor influencia sobre la formación de su pensamiento y de su personalidad?

—Las influencias derivadas de lecturas han sido en mí variadas, de acuerdo con distintas etapas de mi vida. De niño, mis padres que eran autodidactas y buenos lectores, pusieron en mis manos los libros de historia de Venezuela y de los románticos del siglo XIX. *Venezuela heroica*, de Eduardo Blanco, la *Historia constitucional* de Gil Fortoul, fueron leídos por mí a los diez años, junto con *Los Miserables*, *Nuestra Señora de París* y otros inflamados libros de Víctor Hugo que me dejaron profunda huella. En ellos descubrí que algo andaba mal en una sociedad donde coexistían la extre-



MIGUEL OTERO SILVA / ARCHIVO EL NACIONAL

ma opulencia y la pobreza extrema. En los años 30, fenómeno común a mi generación, leí mucho a los socialistas utópicos (Fourier, Saint Simón), y a Marx, a Trotsky, a Harold Laski, a Jean Jaurès. También leí, anoté y medité la extraordinaria obra de Simón Bolívar, en sus cartas y documentos públicos. El tema petrolero me apasionó por estar tan íntimamente ligado al destino venezolano. Cuando se ha vivido y actuado bastante, ya el impacto de las lecturas es menos apreciable que en los años formativos. Se lee desechando ideas con las que no se concuerda y asimilando aquellas con las que se coincide.

—Hay una teoría según la cual la juventud, el hecho biológico de ser joven, impulsa a adoptar posiciones políticas radicales, en tanto que la madurez hace al hombre más conservador o más reflexivo, ¿usted la comparte?

—Hay indudablemente una vehemencia juvenil para enfocar los problemas, como también es cierto que el tiempo y los años hacen más ponderado el enfoque de esos problemas. Pero lo más importante de señalar en un hombre público es si guarda continuidad en los objetivos básicos de su pensamiento y de su acción. Yo creo, sin alardes, que cuando en Venezuela he impulsado la reforma agraria, una

política educacional agresiva, cuando he estimulado la formación de un movimiento obrero y he mantenido una concepción nacionalista en cuanto a nuestro petróleo, no he hecho sino ser consecuente con lo que fue impulso más pasional que racional en mis días juveniles. Hay otra gente que da un viraje de 180 grados, como se ha visto mucho en la historia política contemporánea, pero son casos aislados que no bastan para generalizar una teoría.

—Con respecto a las candidaturas presidenciales para el próximo período...

—¡Nada!

—Sobre la tesis de la doble elección...

—¡Nada!

—Sobre si el candidato debe ser de partido o independiente...

—¡Nada!

—Entre Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Pérez Alfonzo...

—Absolutamente nada. En eso soy profunda mentesincero. Se trata de una pequeña lección de pedagogía cívica. Quiero que sean los partidos quienes discutan los candidatos y no inmiscuirme para nada en el problema electoral. Y en Venezuela nos conocemos muy bien. Es decir, que si yo en este problema estuviera haciendo un doble juego, si te dijera públicamente lo que te estoy diciendo y actuara en otra forma, eso trascendería.



RÓMULO BETANCOURT, JACQUELINE KENNEDY Y JOHN. F. KENNEDY / U. S. GOV.

En muchos otros países el presidente de la República hace la propaganda electoral al candidato que su partido ha escogido para sucederle, como en Estados Unidos o en Chile. Pero en Venezuela tenemos una experiencia negativa en ese sentido.

—¿Puede usted decirme si hay alguna posibilidad de que, con motivo del proceso electoral, usted incluya ministros independientes en su Gabinete, al menos el ministro de Relaciones Interiores?

—Hay esa posibilidad, pero no respondo a ningún razonamiento especial porque ya la experiencia ha demostrado que en Venezuela ganan las elecciones quienes tienen los votos, y la mayor experiencia de todas en ese sentido es la de 1952. En cuanto a mí respecta, durante mi campaña de 1958 jamás se me ocurrió pensar que tal o cual ministro o gobernador de estado había sido escogido con el propósito de torpedear mi candidatura, y estoy seguro de que hubo limpieza en el proceso electoral. Es más, aquí en Venezuela, hay una especie de cuarto poder, el Consejo Supremo Electoral, que controla en realidad todo el proceso de elecciones. Volviendo a tu pregunta, la inclusión de independientes o más independientes en el Gabinete es una posibilidad, pero no es una condición *sine qua non*.

—¿Su opinión de la experiencia coalicionista con el Copei? ¿Le parece que debe conservarse en el futuro?

—Sí. Soy partidario de que continúe la coalición y de que se amplíe con otros grupos democráticos, organizados o no. Creo que la tarea de gobernar reclama un acoplamiento de distintos equipos. La misma tendencia a desbandarse que se opera en un solo partido cuando está gobernando, puede ser neutralizada y balanceada por la existencia de fuerzas políticas dentro del gobierno, diferentes al partido mayoritario.

—En su viaje a Estados Unidos, ¿va a hacer gestiones relacionadas con las restricciones petroleras?

—El viaje obedece fundamentalmente a eso. Ya me ha precedido una comisión de expertos que está discutiendo a nivel técnico lo relacionado con las restricciones. Hay algunos aspectos que este año resultan favorables. Por ejemplo, la última proclama del presidente Kennedy aumenta la cuota de *fuel oil* y, en realidad la proclama de 1963 no significa una restricción apreciable en las importaciones de petróleo de Venezuela hacia Estados Unidos. En el último año de mi gobierno yo podría haber adoptado la actitud de decir: “El que venga atrás que arree”, pero no lo hago y además quiero aprovechar la circunstancia de haber discutido el tema con el presidente Kennedy cuando visitó Venezuela.

—¿No va también a buscar empréstitos?

—No voy a buscar empréstitos. Ya hay algunos créditos negociados con el Banco Mundial, los más importantes para la presa de Guri y para la línea de Macagua. Voy a tener conversaciones con el Banco Mundial, pero son para acelerar negociaciones ya en

marcha y estudiar con miras al futuro, como está previsto en el Plan de la Nación, cuáles programas van a ser realizados con ayuda exterior. Pero esas serán tareas del próximo gobierno. Ese Plan de la Nación, como ya lo he dicho, no es una camisa de fuerza que le dejo a mi sucesor, sino que puede ser reformado.

—¿No había pensado usted hacer antes ese viaje al Norte?

—Me habían invitado a ir en enero, pero aplacé el viaje hasta ahora. Podrías decir también que ya había sido invitado desde que fui elegido, inclusive durante el gobierno de Eisenhower. Había tanto rumor en aquella época que ellos pensaron que una visita mía fortalecería mi posición. Yo respondí que no, que mi posición era fuerte, que contaban no solamente con el respaldo de las mayorías electoras sino también con el respaldo de las Fuerzas Armadas y que una visita mía en esos momentos podría ser torcidamente interpretada como que viajaba a buscar directrices del Departamento de Estado.

—¿Cree usted inevitable una guerra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos?

—Creo que no es inevitable. El hecho de que en estos momentos se esté discutiendo en Ginebra con mayores perspectivas de éxito que nunca, la suspensión de las pruebas nucleares, indica que tanto Rusia como Estados Unidos están conscientes—o por lo menos lo están los dirigentes más responsables—de que una tercera guerra mundial, una guerra entre continentes con armas nucleares sería una hecatombe de consecuencias impredecibles, o, como dijo Toynbee en una de sus conferencias recientes, sería el retorno al hombre de las cavernas.

—¿Cree usted que existen contradicciones reales y profundas entre la Unión Soviética y la China comunista? ¿O le parece que han sido creadas o abultadas por la propaganda?

—Creo que existen realmente. El problema que se le está creando a Rusia con sus satélites es un problema similar al que existe en el mundo occidental entre los llamados países capitalistas y países subdesarrollados. Es evidente para quien ha seguido el proceso de Rusia después de la muerte de Stalin que se está ejerciendo una presión para mejorar las condiciones de vida del pueblo ruso, y que esas presiones determinan que Rusia no puede prestarle, a China y a otros países que están dentro de su radio de influencia, la colaboración que estos exigen. Y la tesis de Mao es que los rusos se han aburguesado y han abandonado los planes de la revolución mundial porque no le han dado el aporte que reclaman (claro que existe una pugna entre Pequín y Moscú).

Han traído el café y está excelente. El presidente nos cuenta la marcha de los trámites relativos a la extradición de Pérez Jiménez, pero eso no vale la pena repetirlo porque ya es noticia que apareció en todos los diarios. También mira el reloj, lo cual es indicio evidente de que el periodista debe marcharse.

—Una última pregunta presidente. ¿De dónde saca usted esas palabras raras que utiliza en sus discursos?

—Son palabras comunes y corrientes del castellano. Tal vez sean de un castellano que no está muy en uso hoy en día, pero castellano a fin de cuentas. No niego que también se me escapan de vez en cuando anglicismos y galicismos, culpa de mis lecturas en inglés y francés, y de la prisa con que escribo los discursos, sin tiempo para corregirlos, con tanto ajetreo.

El periodista regresa a pie porque el fotógrafo —el gordo Pérez, ¡genio y figura!— se marchó sin esperarlo y se llevó consigo el automóvil del periódico. Atardece sobre la capillita de El Calvario con naranjas inusitados. Más allá, frente a los bloques de edificios multicolores, crepita un tiroteo. En mitad de un muro blanco, trazado a brocha con desafiantes letras rojas se lee:

—¡Abajo Betancourt!

El periodista tuerce sus pasos hacia El Silencio y le salen al encuentro grupos entusiastas que disparan cohetes al aire para celebrar el cuarto aniversario de su gobierno y gritan no menos desafiantes:

—¡Viva Betancourt!

Es su destino.☉

MEMORIA >> MIGUEL OTERO SILVA (1908-1985)

“Nadie me aconsejó un fraude electoral ni yo hubiera permitido que me lo aconsejaran”

La entrevista que sigue fue publicada el 10 de marzo de 1969, un día antes de que finalizara su período constitucional como presidente de Venezuela, y le entregara el mandato a Rafael Caldera

MIGUEL OTERO SILVA

Un padre francés y una madre guayanesa. Clemente Leoni nació en Muratto, Cantón de Bastías, al norte de la isla de Córcega. Un tío suyo que era gerente de las minas de El Callao, en la jungla de una remota e ignorada Venezuela, le propuso que cruzara el Atlántico y viniera a probar fortuna en Guayana. Clemente Leoni se leyó *El soberbio Orinoco* de Julio Verne y le tentó la aventura.

Desembarcó en tierras venezolanas en 1895. Primero trabajó con el tío en las minas de oro, luego montó tienda por su cuenta y riesgo, un almacén que abastecía a los purgüeros antes de perderse estos en la selva en misión de sangrar los altaneros árboles de caucho. Clemente Leoni conoció a Carmen Otero Fernández, hija de don Ramón Otero Vigas, de Cumaná, una muchacha alta y delgada, con unos extraños ojos color de la hoja del tabaco, a quien sus amigas llamaban “La Quita”. El joven francés entusiasta y palabrero se enamoró de la guayanesa severa y pensativa. Se casaron al despuntar el siglo XX. El primogénito se bautizó Clemente como el padre. Luego nacieron Raúl y Tancredo. Raúl Leoni Otero, segundo hijo de ese matrimonio y personaje central de nuestra historia, vino a la luz del sol el 26 de abril de 1905, dice la gente que en El Manteco, aunque la fe de bautismo afirma irreversiblemente que fue en Uputa.

Raúl Leoni poco antes de entregar el poder en 1969

El presidente y el periodista pasean por entre los corpulentos árboles de La Casona. Al presidente le faltan pocos días para entregar el poder a su sucesor. Ya ha empaquetado sus libros, ya ha descolgado sus cuadros, ya ha organizado sus maletas. Debe experimentar cierto aleteo de nostalgia al abandonar esta hermosa casa de enclaustrados patios interiores, de desbocados verdes más allá de las puertas, que ha sido adquirida y remodelada por iniciativa suya para albergar con dignidad al jefe del Estado venezolano de hoy y de mañana. Pero el hombre no hilvana *saudades* sino espera cautelosamente las preguntas del periodista.

—¿Qué políticos, doctrinas, libros, influyeron más decisivamente en su formación como intelectual y hombre público?

—En primer término, y como texto de lectura sobrentendido, influyó sobre mi pensamiento la obra del Libertador: su *Carta de Jamaica*, su mensaje de Angostura, su ideario de libertad y justicia. Luego debo citar el libro de Gil Fortoul, la *Historia constitucional de Venezuela*, que me proporcionó una visión positivista del pasado de mi país. Más tarde, a las alturas de 1928, leí con pasión a nuestros panfletistas: Pío Gil, Blanco Fombona, Pocatererra, plumas que exaltaban el repudio a las dictaduras, al caudillismo y al servilismo. Al mismo tiempo



RAÚL LEONI / ANEFO – CREATIVE COMMONS



MIGUEL OTERO SILVA (RECORTADA) / BIBLIOTECA AYACUCHO

de devoré las obras de ensayistas latinoamericanos como José Enrique Rodó, Manuel Ugarte y el José Vasconcelos de la “raza cósmica”, que postulaban principios americanistas, nacionalistas, antiimperialistas. Más tarde, ya en el destierro, me entregué de lleno al estudio de la filosofía política moderna, nuevo liberalismo, laborismo, socialismo, marxismo. En cuanto a la literatura propiamente dicha, mi afición estuvo siempre inclinada hacia las tendencias realistas y sociales. Mis novelistas predilectos eran los rusos: Tolstoi, Dostoievsky, Gorki, Andreiev. Y los franceses: Balzac, Zola, Romain Rolland. Entre los españoles leía con preferencia a Miguel de Unamuno.

(La familia Leoni-Otero se trasladó a Caracas en octubre de 1919. El periodista, que era entonces un ni-

pajilla, estrenando amagos de bozo y un pantalón a media pierna, quince centímetros más abajo de la rodilla. Raúl Leoni comenzó el bachillerato en el Liceo Caracas, primero bajo la dirección de Luis Ezpelosin, posteriormente bajo la de Rómulo Gallegos. Pensaba estudiar Medicina, pero a la postre prefirió las pandectas, aguijoneado por el comején de la política que ya le hormigueaba en la sangre. El estudiante de bachillerato Raúl Leoni dio por vez primera con sus huesos en la cárcel a los 16 años de edad. Se lanzó a las calles de Caracas a demostrar su solidaridad con una huelga de tranviarios. La policía gomecista acorraló en la Plaza Bolívar a los 87 manifestantes, estudiantes en su totalidad, y los condujo a La Rotunda. En uno de aquellos calabozos goyescos hizo su veladura de armas cívicas el novel caballero).

—¿Por qué, si gran parte de sus compañeros de rebelión y de exilio se inclinaron hacia el marxismo y el comunismo, usted no tomó el mismo camino?

—La mayor parte de mis compañeros del 28 que se inclinaron abiertamente hacia el comunismo fueron aquellos que se trasladaron a Europa, Rusia, y su estrella roja gravitaba categóricamente sobre el proceso político y social de los países europeos. Nosotros, los del 28, éramos una juventud ignorante políticamente por falta de libros y exceso de barreras policiales. Yo no me marché a Europa sino que me quedé en el área del Caribe. Al leer la filosofía marxista no perdí nunca la visual latinoamericana ni el sentido de nuestra realidad. Comprendí desde un principio que el pensamiento socialista no era aplicable esquemáticamente a toda entidad o nación. Para Venezuela, país aislado y mediatizado, el problema consistía en quebrar las estructuras feudales, emprender la revolución democrática, conquistar los derechos más elementales. Además, me aparté siempre de los comunistas mi culto a la libertad del hombre que ellos no compartían. Pero debo advertirte que si nunca me hice comunista no fue porque me sintiera temperamentamente anticomunista. Creo que la existencia de la extrema izquierda es necesaria para el funcionamiento progresista de la libertad porque sus prédicas hacen hincapié en las desigualdades sociales, son como un tábano que señala las injusticias. Por otra parte, respeto los objetivos sociales que persigue el socialismo en sus diversas expresiones y tengo la seguridad de que la humanidad marcha indefectiblemente hacia un sistema más equilibrado, más justo, de igual oportunidad para todos los seres.

(Promedia febrero de 1928. Una inusitada asamblea de la Federación de Estudiantes de Venezuela tiene lugar en un patio del Castillo Libertador de Puerto Cabello, de espaldas a las fauces de los calabozos y a las bayonetas de los guardias. Ya ha sucedido la Semana del Estudiante, ya hemos pronunciado los discursos subversivos y hemos leído los versos de protesta. Ahora se nos ha encerrado en esta mazmorra, galeón de piedra encallado en arenales de odio y pesadumbre. El dictador nos envía un proyecto de carta que debe ser firmada a cambio de nuestra libertad. Nuestro presidente, el estudiante de Derecho Raúl Leoni, nos ha convocado a sesión extraordinaria, previa autorización de los carceleros, en aquel patio de solado sobre el cual desembocan las rejas de los calabozos. “Los que estén de acuerdo con firmar esta carta que se pongan de pie”, vibra la voz del presidente. Los 213 estudiantes presos permanecen sentados, sin un ademán. “Rechazada por unanimidad”, concluye con acento pausado y satisfecho el presidente, y le devuelve la carta sin firmas al esbirro que la trajo).

—¿Se considera usted antiimperia-

lista, como cuando leía en su juventud a Manuel Ugarte?

El presidente se detiene un instante al pie de los crujientes bambúes y hace frente al periodista:

—Soy fundamentalmente un nacionalista en el mejor sentido de la palabra. El mundo está dividido injustamente en países pobres y ricos, desarrollados y subdesarrollados lo cual es tan inicuo como la división de la sociedad en poseedores y desposeídos. Yo estoy contra esos desníveis como estoy contra el armamentismo de los países poderosos. Si los recursos que se emplean en arenas se dedicaran a subsanar injusticias, a cooperar con los países pobres, a reparar las propias desigualdades sociales internas se nombrarían las bases más sólidas de la coexistencia pacífica. El destino del hombre sobre la tierra no es la guerra, ni el dominio sobre los otros hombres, sino el dominio de la naturaleza y, actualmente del espacio, por obra y gracia de los astronautas.

(Después de la fracasada conspiración del 7 de abril de 1928, Raúl Leoni logra escapar al extranjero, tras saltar quebradas y vestir disfraces, polizón en un barco holandés que zarpa de Puerto Cabello. El estudiante fugitivo llega a Colombia y es ganado para siempre su corazón por la patética, clamorosa hospitalidad del país de Baldomero Sanín Cano. Junto con el poeta Gonzalo Carnevali, que rescusa de inhumanas prisiones venezolanas, recibe el homenaje de la prensa, de los políticos, de los escritores. La Universidad de Bogotá reconoce sus estudios venezolanos sin demandar certificados ni exámenes de reválida. Pero el insurgente arrinconado de nuevo sus disciplinas y decide incorporarse a la expedición del Falke, un buque que ha adquirido el general Román Delgado Chalbaud en Europa y que habrá de dirigirse a costas venezolanas con el propósito de desatar una guerra civil contra el despotismo de Juan Vicente Gómez. En una goleta fletada por ellos, parte de Santo Domingo un puñado de emigrados venezolanos: Simón Betancourt que fue guerrillero de Ducharme y hace de jefe militar, Atilano Carnevali que ha asumido el comando político, Hernando de Castro, los estudiantes Raúl Leoni, Rómulo Betancourt, Pedro Rodríguez Barroeta y varios más. En alta mar rasgan el sobre de las instrucciones y en ella se les ordena ocupar la isla de La Blanquilla, peñasco donde el Falke irá a recogerlos. Las olas del Caribe se interponen como furiosos fantasmas en la ruta de los expedicionarios. La desvalida goleta no ha sido hecha para enfrentar tamañas contrariedades. Cruje el maderamen, próximo a partirse en dos trozos. Finalmente, recalca la embarcación maltrecha en el puerto dominicano de Barahona y se salvan a duras penas de morir ahogados dos futuros presidentes de Venezuela).

—¿Cree usted que el problema de Guayana desembocará a la larga en una guerra efectiva, con tiros y batallas, entre Venezuela y ese país?

—Yo que he sido un definido sostenedor de los derechos venezolanos sobre la Guayana Esequiba, de la cual fuimos despojados por un laudo irrito, no he creído que Venezuela deba llegar al uso de la fuerza para recuperar esos territorios. Esos territorios son y serán venezolanos y deben volver a formar parte del conglomerado nacional. Pero no pierdo la esperanza de que las gestiones diplomáticas, no obstante la proverbial ineficiencia que suele atribuírseles, logren al fin un resultado positivo para la gestión venezolana. Venezuela entera tiene plena conciencia de la justicia de nuestra reclamación y espera que sus gobiernos sucesivos se mantengan firmes en esa actitud.

(Continúa en la página 12)

“
leí con pasión
a nuestros
panfletistas:
Pío Gil, Blanco
Fombona,
Pocatererra”

ño, recuerda neblinosamente la pintoresca aparición de aquel pariente provinciano—somos primos, todo el mundo lo sabe— que llegaba a Caracas bajo el alero de un sombrero de



LUIS BELTRAN PRIETO FIGUEROA Y RAÚL LEONI / RAMON VILLA - EL NACIONAL

“Nadie me aconsejó un fraude electoral ni yo hubiera permitido que me lo aconsejaran”

(Viene de la página 11)

Se detiene un instante y concluye admonitivo:

—Otro aspecto de la cuestión es la salvaje forma en que fue aplastado recientemente el movimiento amerindio por el gobierno guayanés. Fueron crímenes insólitos que despiertan los más profundos sentimientos de reprobación. El gobierno de Guyana debe reflexionar sobre este punto, modificar sus procedimientos de inhumana violencia, cesar la discriminación racista, si desea evitar consecuencias desagradables.

(Después de un año varado en Santo Domingo, Raúl Leoni regresó de Barranquilla a reunirse con el padre, don Clemente Leoni, que también ha escapado al extranjero. Y nace entonces la memoranda frutería. Omar Carnevali, Raúl Leoni, Rómulo Betancourt y Ricardo Montilla son los improvisados tenderos. El tarantín —un salón no muy claro, una caja registradora y los estantes colmados de gajos y racimos— está situado en la esquina del Cañón Verde, al final del Paseo Colón. Nuestros futuros estadistas venden al detal manzanas y peras chilenas, uvas de California, naranjas y bananas colombianas. Raúl Leoni discute en francés con una cliente belga y pintarrajeada que regatea despiadadamente. La frutería no dura mucho tiempo. ¿Cómo va a durar? No logra salvarse de la voracidad de los exiliados venezolanos que compran al fiado y se llevan de paso, en calidad de préstamo, los recaudos de la caja registradora. Leoni, Betancourt y Montilla clausuran su pequeño mercado y se dedican a un negocio distanciado de los productos comestibles: un boletín de informaciones comerciales que le produce a Raúl Leoni dinero suficiente para vivir sin privaciones hasta la hora de la muerte de Juan Vicente Gómez).

—¿Que perspectiva le ve usted a Pérez Jiménez dentro de la política venezolana?

El presidente se desborda en una respuesta cortante:

—¡Ninguna!

Pero enseguida juzga necesario su concepto:

—Por sí mismo, no le veo ninguna. Sin embargo, creo que si se decide a ocupar su curul en el Senado, si maneja con una mínima habilidad los votos parlamentarios con que cuenta, si algunos partidos políticos se aprestan a hacerle carantoñas por conveniencias transitorias, podría llegar a convertirse en una amenaza real para el sistema democrático. Pérez Jiménez posee una gran fortuna que es producto del saqueo al tesoro nacional y cuenta con posibilidades materiales para tratar de perturbar el proceso democrático. Me inclino a que mi partido, Acción Democrática, se ponga al margen de toda combina-

ción política, si en esa combinación política entra, directa e indirectamente, el perezjimenismo totalitario, personalista y enemigo de las libertades públicas. Sin negarles, por supuesto, el derecho de ocupar las curules que ganaron dentro de las leyes democráticas, que ellos no respetan, y a base de electores inmaduros o equivocados.

—Y hablando de otra cosa, ¿cree usted que Rómulo Betancourt tiene intenciones y posibilidades de volver a ser presidente de la República en 1973?

—Rómulo Betancourt tiene actualidad y vigencia política de primer orden en Venezuela. Eso es indiscutible. Pero yo no he hablado con él acerca de sus planes futuros. Solamente el propio Rómulo Betancourt podría contestarte esa pregunta.

(En Barranquilla se habían estrechado los lazos de amistad entre Raúl Leoni y Rómulo Betancourt. Con otros exiliados, y bajo la conducción de Betancourt, fundaron un grupo político denominado ARDI, de izquierda no comunista, aunque tampoco anticomunista. Era el embrión de ORVE, partido que organizaría Betancourt en Venezuela, a la muerte del dictador, en compañía de Mariano Picón Salas, Raúl Leoni, Andrés Eloy Blanco, Juan Oropeza, Gonzalo Barrios, Inocente Palacios y otros intelectuales. Lo que sucede después de la muerte de Gómez es la historia archiconocida, crónica publicada y republicada en todos los periódicos. La jornada popular del 14 de febrero. El

fracaso de la huelga general en junio de 1936. El viraje de López Contreras hacia la derecha. La anulación por la Corte Federal, de las actas de diputados de Raúl Leoni y otros ciudadanos, en virtud de una “justicia política no contenciosa” que Leoni califica de monstruosidad jurídica de increíbles dimensiones. La disolución de los partidos populares y la expulsión de 47 dirigentes acusados de “comunistas”, muchos de los cuales no lo eran, ni lo habían sido nunca. Entre estos últimos se encuentra Raúl Leoni, a quien detiene Pedro Estrada en una casa obrera en La Pastora. Raúl Leoni sube esposado la escalerilla del Flandre y va a parar a México, donde gobierna Lázaro Cárdenas. Estamos en el año 1937).

—¿Llegará alguna vez Venezuela a ser dueña absoluta de su petróleo?

—Yo creo que sí. El régimen de concesiones tiene un plazo fatal, ya que vencen en 1983 y revierten al patrimonio nacional, junto con las instalaciones y bienes adquiridos por las compañías para el desarrollo y explotación de esas concesiones. Las compañías extranjeras se muestran interesadas en que el gobierno venezolano se pronuncie sobre el problema futuro desde ahora, sin esperar el vencimiento de las concesiones, pero yo sostengo que el gobierno venezolano no debe hacerlo, sino en el momento oportuno. Por mi parte, considero que prolongar la vida de las concesiones sería prolongar un sistema caduco, de ningún modo favorable a los intereses de la nación. Y afirmo el principio que nuestros recursos naturales deben ser explotados primordialmente en beneficio de los venezolanos. Al acercarse el momento crucial del vencimiento de las

concesiones, Venezuela debe estar preparada para resolver nacionalmente el problema. Venezuela será dueña de su petróleo si no pierde de vista ese objetivo y no olvida en ningún instante realidades muy contundentes: que es el primer país exportador de petróleo en el mundo; que su promedio diario de producción es de 3.600.000 barriles, que los mercados de la producción petrolera mundial son prácticamente propiedad de los grandes consorcios explotadores del petróleo de los países productores. Estos factores son muy relevantes y deben ser tomados en cuenta, no para retroceder ante su relevancia, sino para aprovechar su estudio en el logro de soluciones más convenientes para los intereses venezolanos.

(Raúl Leoni no asienta sus reales, sus escasos reales en México, como la mayoría de sus compañeros de destierro. Recuerda una sentencia criolla: “En Venezuela, si se quiere ser algo, es preciso ser general o doctor”. Y como son remotas sus posibilidades de generalato, decide coronar los estudios de abogado que ha trunco dos veces. Vuelve una vez más a Colombia en compañía de uno de sus amigos fraternales de la generación del 28, Jovito Villalba, y obtiene en Bogotá el título de abogado el 8 de diciembre de 1938. Cinco meses más tarde, se le permite el ingreso legal a Venezuela, donde el PDN funciona clandestinamente bajo la dirección de Rómulo Betancourt, quien ya se ha enemistado, tajante y para siempre, con los comunistas. Leoni se incorpora a la organización clandestina del PDN mientras monta a la luz del día un bufete jurídico cerca de la iglesia de Altigracia, junto con Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto y

Guillermo López Gallegos.)

—Los escritores políticos José Vicente Rangel, Guillermo García Ponce, Orlando Araujo y otros, han afirmado en diversas publicaciones que bajo su gobierno, doctor Leoni, se han practicado torturas a detenidos políticos y se han realizado más de un centenar de fusilamientos. ¿Qué hay de cierto en tales denuncias?

El presidente frunce el ceño, medita unos segundos y se extiende en una minuciosa contestación:

—Conozco esas actuaciones formuladas por parlamentarios y líderes de la oposición castrocomunista. Las conozco desde hace mucho tiempo y tengo algunas cosas que decir a ese respecto. El Partido Comunista está desgarrado por una lucha de fracciones, amén de su enfrentamiento con el MIR. Tales luchas fraccionales los han llevado a crear sus propios aparatos armados de “justicia popular”. Para nadie es un secreto que con frecuencia ellos se autofusilan después de juicios sumarios realizados en las montoneras y comandos. Hechos recientes acaecidos en la Ciudad Universitaria, así como documentos incautados a los grupos subversivos, demuestran la verdad de estas afirmaciones. En los campamentos guerrilleros ocupados se han encontrado actas de fusilamientos, incluso de inocentes campesinos tildados arbitrariamente de espías de las fuerzas armadas o de agentes de la Digeopol. Pero los comunistas son hábiles en la fabricación de imposturas y en las campañas destinadas a despertar sentimentalismos. Con el aditamento de que la opinión venezolana está por lo general dispuesta a creer acusaciones sobre violencias cometidas con los presos políticos porque esa ha sido la historia tradicional del trato de los gobiernos de este país para con sus adversarios.

—Ellos mencionan nombres propios, presidente.

—Es posible. No niego que haya habido muertos y heridos. En la lucha que llevan a cabo las fuerzas armadas contra la subversión comunista, contra una guerra declarada por guerrillas urbanas y rurales, se ha creado una situación muy cercana a la guerra civil. Y en toda guerra, en todo choque entre bandos armados se producen inevitablemente bajas: muertos, heridos y prisioneros. Los muertos se entierran. En cuanto a los heridos y prisioneros, son trasladados a centros de reclusión bajo el amparo y la protección de la República y de unas autoridades que han recibido órdenes terminantes de respetar los derechos humanos. Como presidente de la República, a través del Ministerio de la Defensa, giré instrucciones muy claras y precisas a los comandos militares para que trataran a los prisioneros y heridos de acuerdo con los principios democráticos de mi gobierno, que se basan esencialmente en el respeto a la dignidad del hombre.

(Continúa en la página 13)



RÓMULO BETANCOURT, MINUTOS DESPUÉS DEL GOLPE QUE DERROCÓ AL GENERAL MEDINA ANGARITA, CONVERSA EN LAS AFUERAS DE MIRAFLORES / ARCHIVO

“Nadie me aconsejó un fraude electoral ni yo hubiera permitido que me lo aconsejaran”

(Viene de la página 12)

(Isaías Medina Angarita asciende a la Presidencia de la República. Regresan todos los desterrados. Acción Democrática, secuencia del PDN, es legalizada y Raúl Leoni aparece entre sus dirigentes principales. En octubre de 1945, se producen los sucesos que conducen al derrocamiento del régimen de Medina. El periodista, acatando las leyes del oficio, no ha venido a discutir sino a preguntar y a copiar religiosamente las respuestas. La verdad histórica es que el doctor Raúl Leoni desempeñó un papel importante en la coalición de Acción Democrática con un grupo de militantes que llevó a cabo la rebelión triunfante contra el general Medina. Betancourt y Leoni iniciaron los contactos con los conjurados militares en la casa del doctor Edmundo Fernández. Betancourt y Leoni aceptaron participar en el movimiento, siempre y cuando se le otorgara a Acción Democrática la dirección política del gobierno venidero. Betancourt y Leoni intentaron un sondeo de opiniones en el Comité Ejecutivo de Acción Democrática y, cuando advirtieron la resistencia de algunos dirigentes del partido, decidieron continuar las conversaciones con los militares bajo la responsabilidad personal de ellos dos, más Luis Beltrán Prieto, Gonzalo Barrios y Valmore Rodríguez, que compartían su criterio. Betancourt y Leoni viajaron hasta Washington, a hablar con el candidato presidencial Diógenes Escalante y a ofrecerle el respaldo de Acción Democrática, y el de los jóvenes militares, si se comprometía a instaurar el voto directo. Betancourt y Leoni sospecharon al principio que la enfermedad de Escalante era una maniobra para frustrar su candidatura, pero se rindieron en seguida ante la realidad. Betancourt y Leoni aceptaron entonces definitivamente la proposición de un golpe militar y se produjo el 18 de octubre. Rómulo Betancourt amaneció jefe del nuevo gobierno. En cuanto a Raúl Leoni, surgió como miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno y ministro del Trabajo y Comunicaciones. “No había otro camino —explica 23 años más tarde el presidente Leoni—. La fórmula electoral de segundo grado que mantenía intransigentemente Medina, nos cerraba el acceso al poder por las vías constitucionales”).

—Quiero agregar dos palabras sobre los presuntos fusilamientos y torturas —me dice el presidente sin esperar la pregunta subsiguiente—. No niego inclusive que, en la aplicación de medidas de defensa colectiva, alguna autoridad, y en muy contada ocasión, haya incurrido en exceso de celo durante la realización de tareas que le habían sido encomendadas. Capturar a un individuo armado y con antecedentes de peligroso homicida no es lo mismo que detener a un ciudadano cualquiera. Pero ese exceso, estoy seguro de ello, nunca puede haber llegado al atentado contra la integridad física de los detenidos en forma de torturas, ni mucho menos al fusilamiento. Me resisto a creer que semejantes actos puedan haber ocurrido durante mi gobierno y, en el caso de que hubieran ocurrido, nada podrá impedir la acción reparadora de los tribunales de justicia.

(El golpe militar del 24 de noviembre de 1948 encuentra al doctor Leoni como miembro del gabinete de don Rómulo Gallegos. Se lo llevan preso a la Cárcel Modelo, junto con los demás ministros. “Falta el de la Defensa” advierte sarcásticamente Gonzalo Barrios a sus carceleros. Raúl Leoni va a permanecer esta vez 8 meses encalabozado, antes de partir para un nuevo destierro. Acude a visitarlo la madre, doña Carmen de Leoni, a quien todavía sus amigos llaman “La Quita”, como en su juventud. Sigue siendo, y lo será hasta su muerte, una mujer alta y erguida, decidida y entera. La madre entra a las visitas acompañada de Menca Fernández, una prima inteligente y atractiva que siempre le ha demostrado simpatía y afecto a Raúl. Menca le lleva pañuelos, dulces guayanenses y palabras de

ternura al preso. Nada tiene de extraño que, cuando finalmente lo expulsan del país el 17 de julio de 1949, tan enamorado va de su prima el doctor Raúl Leoni que, al no más aterrizar en Washington, le escribe una carta con proposición de matrimonio y solicitud de respuesta cablegráfica. Se casan en Washington, en la casa del doctor Carlos D’Ascoli, el 20 de agosto de ese mismo año. Cuatro hijos les advienen en el destierro —Carmen Sofía, Luisana, Raúl Andrés y Lorena, amén de un quinto llamado Álvaro, que espera el regreso para nacer en tierra venezolana).

—¿Cuál ha sido el verdadero aporte de Menca a su gestión presidencial?

—Es una pregunta difícil de responder. No es a mí a quien toca hacer el elogio de Menca, mi mujer. Pero al menos, te contaré una anécdota. En vísperas de mi elección presidencial fue a visitarnos a casa un grupo de sindicalistas del partido, y uno de ellos, que me consideraba excesivamente hosco y desabrido para el cargo de primer mandatario, comentó al salir: “Menos mal que Menca puede enseñarlo a sonreír y a saludar”. La verdad que me enseñó muchas cosas más.

(Las llamadas del 23 de enero de 1958 devolvieron a sus hogares a todos los presos, a todos los desterrados. Raúl Leoni se incorporó a la dirección de su partido y luego a la campaña presidencial de Rómulo Betancourt. Después del triunfo de Betancourt y de la tarjeta blanca, Leoni fue elegido presidente de Acción Democrática y presidente del Congreso Nacional. Cuando finalizaba el mandato de Betancourt, se dijo insistentemente que a este no le agradaba la candidatura presidencial de Raúl Leoni, pero el periodista no lo creyó nunca. Tal vez la fogueada astucia política de Betancourt lo llevara a disimular su inclinación por la candidatura de Leoni para librarse de acu-

“
"me he considerado siempre un hombre del común, un venezolano medio”



RÓMULO BETANCOURT, RAÚL LEONI Y RAFAEL CALDERA / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA



RAÚL LEONI Y RÓMULO BETANCOURT / ARCHIVO

saciones de imposición sucesoral, tan accidentadas en la historia de Venezuela. “*Qui nescit dissimulare nescit regnare*”, dijo el maestro Maquiavelo. A juicio del periodista, el candidato presidencial de Rómulo Betancourt no podía ser otro sino Raúl Leoni. Lo era desde la frutería de Barranquilla, sí señor).

—¿Es cierto que usted comete errores de dicción cuando pronuncia sus discursos?

Estamos de regreso a los protectores tejados de La Casona, tras haberlos paseado largamente por entre los chaguaranos, mangos, granadillos y faroles que pueblan el inmenso parque. El presidente suelta una carcajada:

—Puede que sí los cometa. Al menos eso dicen los humoristas. La verdad es que yo nunca he tenido dotes oratorias como Jóvito Villalba, como Rómulo Betancourt, como Andrés Eloy Blanco, como Carlos Irazábal, como Isidro Vallés, como tú mismo, que eran quienes hablaban en los mítines de masas en 1936. Yo en cambio era un organizador, un motor de iniciativas, un productor de análisis políticos. Prácticamente mis primeros discursos ante grandes públicos fueron al iniciarse mi campaña presidencial. Pero te advierto que cuando estoy hablando para obreros y campesinos, en las plazas de pueblo o en los medios rurales, me equivoco mucho menos que cuando me presento en televisión o leo un discurso para doctores y gente culta. Al menos eso

me dice Raúl Valera, que es el crítico más inexorable de mis lapsus oratorios, no obstante que mucha gente lo considera sordo.

—¿A usted nunca le ha tentado escribir un libro —pregunta el periodista, esta vez en serio— bien fuera de teoría política, bien de historia, bien de memorias?

—La verdad que nunca he tenido pretensiones de hombre superior, ni he dragoneado de genio. Más aún, me he considerado siempre un hombre del común, un venezolano medio a quien la historia ha llamado a cumplir posiciones destacadas. Tengo, eso sí, cierta cultura política y a base de ella comencé a escribir un libro hace ya mucho tiempo. El tema era la evolución de las ideas políticas en la Venezuela moderna, arrancando de su raíz en el pasado, hasta llegar a la aparición en nuestro país de las ideas de izquierda en sus diversas modalidades. Escribí varios capítulos de ese libro en el destierro, privado de calma para pensar y de campo para las labores de investigación. Por último, en una de mis sucesivas emigraciones, se me extraviaron los primeros capítulos y también los documentos adicionales que eran cartas interesantes de nuestros viejos caudillos. Total, que el libro se pasmó. Y si a eso le añades que con el tiempo se me ha desarrollado un sentido agudo de autocrítica, que me obliga a leer y releer muchas veces lo que escribo, te permito vaticinar que mi proyectado libro de juventud jamás saldrá a la calle.

(El periodista entra al despacho presidencial del doctor Raúl Leoni en Miraflores, durante el largo recuento de votos que estamos sufriendo los venezolanos en la primera semana de diciembre. Computa el Consejo Supremo Electoral, recuenta Copei por su lado, recuenta Cordiplán por el suyo. El periodista desea conocer la opinión del presidente acerca del resultado electoral, que aún luce indeciso. “Según las informaciones de que dispongo, el doctor Gonzalo Barrios va a ganar por un margen bastante estrecho”, responde el presidente. Y añade a renglón seguido: “Pero si no sucede así, y mi amigo entrañable y compañero de partido Gonzalo Barrios pierde las elecciones, así sea por un voto, óyelo bien, por un solo voto, este Raúl Leoni que ves aquí le entregará sin vacilar un segundo la banda presidencial al doctor Rafael Caldera”. El periodista comprende que el presidente habla dramáticamente en serio).

Se ha hecho de noche y nos traen dos merecidos whiskies al corredor donde estamos sentados. El periodista recuerda la conversación de diciembre en Miraflores y vuelve sobre el tema.

—¿Nadie le aconsejó en aquellos días que hiciera o propiciara un pequeño fraude electoral para impedir el acceso de Caldera al poder?

—Nadie me lo aconsejó, ni yo hubiera permitido que me lo aconsejaran. En Venezuela se ha avanzado tanto en el campo democrático, que ni aún los más irreconciliables enemigos de Copei insinuaron que se desconociera el resultado de las elecciones. Eso de las presiones sobre mi persona no pasa de ser una conseja, un cuento chino. La verdad histórica y absoluta es que no recibí la más leve insinuación, ni de ningún dirigente de Acción Democrática, ni de otros partidos, ni de jefe militar alguno, para que propiciara un fraude electoral. Fue el remate de una conducta cívica ejemplar que abarcó a todos los estamentos de la población venezolana.

Llega un ministro del Despacho y se suma al whisky. El periodista aprovecha la coyuntura para despedirse con una última pregunta clásica, de esas que figuran en los textos de periodismo de la Pitman Publishing Corporation:

—¿Puede usted resumir en una sola frase su ideario político?

El ministro nos mira alarmado, pero el presidente se entusiasma:

—Claro que puedo: el hombre, más aún el pueblo, es el motor y el sujeto del desarrollo de una nación. Toda la actividad de los Estados debe dirigirse a solucionar los problemas del hombre, ya sea habitante de la ciudad o del campo. De ahí la preocupación de mi gobierno, mientras he sido gobierno, y la mía personal, por aumentar las posibilidades de realización de la persona humana y su acceso al bienestar en todos los órdenes: social, económico, político, cultural y administrativo. ●